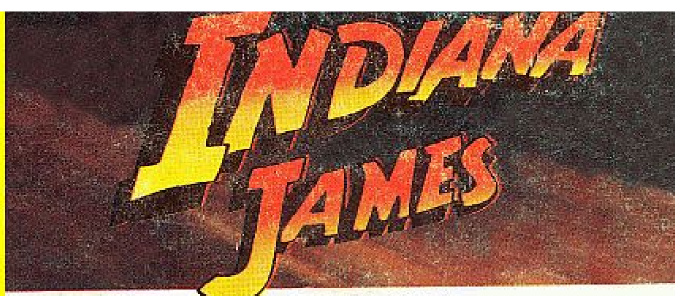




PARA ACABAR CON UNA PESADILLA

Pasé por París y, claro, fui a
L’Harmattan.

Era mi única conexión con el árabe Abdelatif, y no estaba yo dispuesto a dejar pasar la ocasión. Estaba seguro de que alguno de sus misteriosos asuntos musulmanes lo tendrían ocupado por Europa.

No lo había vuelto a ver desde lo de Pakistán, pero no me había olvidado de él. Teníamos una cuenta pendiente.



Indiana James

Para acabar con una pesadilla

Bolsilibros - Indiana James - 40

ePub r1.0

LDS 24.05.18

Título original: *Para acabar con una pesadilla*
Indiana James, 1987
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

CAPÍTULO PRIMERO

Pasé por París y, claro, fui a
L'Harmattan.

Era mi única conexión con el árabe Abdelatif[1], y no estaba yo dispuesto a dejar pasar la ocasión. Estaba seguro de que alguno de sus misteriosos asuntos musulmanes lo tendrían ocupado por Europa.

No lo había vuelto a ver desde lo de Pakistán, pero no me había olvidado de él. Teníamos una cuenta pendiente.

No me pidan que les explique por qué. No, no se trataba de una venganza, sino de algo más deportivo. No había podido olvidar su risa cuando nos hizo la faena de soltarnos ante una amistosa encerrona, en el Khyber Pass[2]. No, no pensaba matarlo, pero de un par de buenos directos a la mandíbula no le libraba ni Dios. Ni su Allah venerado, claro.

Pero, si leyeron aquel capítulo de mis aventuras, ya saben de qué forma lo digo. El paso siguiente a un buen intercambio de porrazos sería un buen abrazo, como corresponde a dos buenos camaradas. Y si no lo entienden, mejor que dejen de leer esto. No iban a entender nada de lo demás…

Digo que fui a
L'Harmattan,
claro.

Es una de esas librerías de París que se han hecho míticas para según qué gente. París es una encrucijada de caminos, y en esos caminos hay distintos hitos. De casi todos los caminos, París es parada obligada. Y para todo el que se interese por las distintas culturas que en el mundo se mueven, esta librería es cita fija.

Hace unos años, cuando todo el mundo se llenaba la boca

hablando del «Tercer Mundo», la librería estaba siempre llena. Hasta curas había. Las modas son las modas.

Ahora, el Tercer Mundo ya no está de moda. La gente sigue teniendo la misma hambre, se sigue muriendo, en los países del planeta siguen haciendo revoluciones y cosas de ésas, pero ya no está de moda. No «se lleva». Los parisinos tienen otras cosas en qué pensar, por ejemplo en vestir bien y hacer colecciones de cosas. Así que
L'Harmattan,
siempre en la Rue des Ecoles, ya no está llena. Pero es mejor, así te mueves más a gusto. Y las dos o tres chicas que atienden son las mismas, siguen siendo tan simpáticas como eran, y además saben lo que venden, y te aconsejan, y te buscan lo que quieras, y…

… Y por ejemplo, siguen siendo un «buzón» espléndido para según qué gente. No para todo el mundo.

—¿Abdelatif? No, no conozco a nadie con ese nombre. Hay tantos árabes en París… —dijo la rubísima cuando le pregunté.

La miré al fondo de los ojos. Se puso seria. Me estudió. Estaba calibrando con quién tenía que habérselas.

—Es importante —dije. Nada más. Pero cuidé de subrayarlo poniendo en mis ojos todo el énfasis de que fui capaz. Y suele salirme bien. Humphrey Bogart no soñó el alumno que le saldría.

Pero ella tenía que seguir representando el papel. Nunca se sabe…

—Hace tiempo que no aceptamos mensajes personales. Con esto de los atentados, ya sabe…

Había dicho «atentados» y no «terrorismo», lo cual ya era algo.

—Pero si quiere dejar un mensaje, el tablón de anuncios está allí —dijo, indicándomelo. Y cuando volvió a mirarme, tenía en sus ojazos la chispa que yo esperaba ver. Mensaje recibido, se leía claramente.

—Es más personal que eso —dije—. Pero en fin, de acuerdo.

Garrapateé un par de frases citándome con Abdelatif para dos o tres días más tarde allí mismo, en la librería, ya que no tenía aún dirección propia. Y fui a clavarla en el tablón con una de las chinchetas libres.

Luego saludé a la chica, y salí.

El escaparate de la librería tiene un saliente, parte de la pared.

Sobre ese saliente, alguien había olvidado un bolígrafo. Ya tenía mi pretexto.

Volví a entrar. Ahora vino a atenderme otra de las chicas.

—*¿Vous desirez, m'sié?* —dijo, muy atenta.

—Alguno de sus clientes ha perdido esto —respondí, dándole el bolígrafo.

Eché un vistazo. En el tablón de anuncios, mi nota había desaparecido. Y al fondo, la rubísima que me había atendido hablaba por teléfono. Tal como yo había pensado. Ahora sabía que mi mensaje a Abdelatif estaba siguiendo su curso.

—Dígale a su compañera que es muy amable —dije. La otra sonrió. En aquel sitio deben estar acostumbrados a todo.

Me entretuve registrando un poco entre los libros. Elegí uno sobre el Frente Polisario, o sea sobre el antiguo Sahara Español, que ahora llaman, asépticamente, «Sahara occidental». Cuando la rubísima dejó de telefonear, le hice una seña, sonriente.

Se puso tremendamente colorada, como niño al que pillan en falta. Pero también sonrió al final.

—Dos días —dijo.

Le di las gracias, y no la besé porque no era el momento, pero ganas no faltaban. En todo el mundo, hay un tipo de persona que hace su tarea y no pide que se lo agradezcan. El mundo se mueve por esas personas, y son los políticos los que lo frenan.

Así que me dispuse a consumir dos días en París. La verdad, conozco sitios mucho peores para pasar el tiempo.

Se me hicieron muy cortos.

Y eso que París no es lo que era.

No tengo muy claro cómo fue cuando sí «era», esa época dorada de la que hablan Hemingway y compañía. El París bohemio de las bodegas existencialistas, las *caves* donde se masticaba una cierta manera de ver el mundo. No queda mucho de eso. Las orillas del Sena han sido invadidas por calzadas de alta velocidad para coches enloquecidos, y las parejas de enamorados —que aún existen, menos mal— se tienen que esconder en los rincones para besarse sin prisas. Lo que, por otra parte, siempre ha sido así.

Y sí, hay algo de eso. Están las parejas de románticos con

ochenta años cada uno que aún se cogen de la mano y van por la calle diciéndose ternuras con los ojos ilusionados y picarones, mientras transportan a casa la compra del día y la «*baguette*», esa barra de pan larguísima, tan francesa. Está la abuela, probablemente antigua miembro de la Resistencia contra los nazis, que aún pasea su medalla militar cuando va al mercado. O las elegantísimas, trajeadisimas señoras de cincuenta años que siempre parece que van a la ópera, aunque vayan al comercio de la esquina. O las «*pintadas*» con la firma anarquista que responden al ruin «Francia para los franceses» con un «El papel histórico de Francia es luchar por la dignidad del ser humano sea cual sea su nacionalidad, su cultura o el color de su piel». No sé cómo tuvo *spray* para tanta *pintada* el autor. Pero esas cosas definen a París, mucho más que los mil jovencitos con chaqueta de cuero negro o adornos más o menos «punk». De eso hay por todas partes un poco.

Y luego, los monumentos, el tamaño de esas estatuas, la anchura de esas avenidas… La «*grandeur*» francesa que predicaba De Gaulle, que dan a París su aspecto especial, reconocible entre todas las ciudades del mundo.

Hasta fui al Museo Rodin. Y al de los impresionistas. Aunque Notre Dame la vi sólo de lejos. Y la Torre Eiffel, desde luego, se la dejé a los turistas. De París lo que me gusta son las calles, sobre todo. Y, como se pueden imaginar, los «*bouquinistes*», esos señores de mil años que venden «*bouquins*», que es como le llaman a los libros, en unos puestecillos pequeñísimos sobre los muros que dan al Sena.

Que sí, que puestos a dejar pasar dos días, conozco sitios mucho más molestos que París.

Pero cuando pasaron los dos días, estaba de nuevo, puntualmente, en
L’Harmattan,
con los puños preparados para demostrarle al árabe mi eterna amistad y agradecimiento.

Pero no.

La chica se aseguró un montón de veces de que era yo, me preguntó si aquello de Indiana James iba en serio (una vez más…), me miró de arriba abajo, de abajo arriba, y vuelta a empezar. No, no se detuvo contemplando ninguna parte de mi anatomía en

especial, no. Lo hizo con la asepsia de una perfecta enfermera, o de una agente bien entrenada del contraespionaje. Luego, miró a un lado y a otro, se aseguró de que la librería estaba vacía en ese momento, y me dio un papel. Luego desapareció en la trastienda. Misión cumplida.

La nota decía: «Pointe du Vert-Galant, atardecer».

Eso era todo. Pues qué bien, pensé.

Me llegué a la cajera y le pedí fuego. Sacó el encendedor, y se quedó esperando, con él delante de mi cara, a que yo sacara el cigarrillo.

La sorprendí un poco cuando lo que encendí fue una punta de la nota.

No dije nada. Sobriedad de buen actor. Todo lo más, levanté la ceja en el más puro estilo Bogart. Frío, muy frío.

Manejé la nota ardiendo con maestría de experto. Qué escena. Y cuando estaba a punto de quemarme los dedos, la dejé en el cenicero de cristal que usan para las monedas del cambio, junto a la máquina registradora.

La chica me miró con sorpresa.

Lamenté no llevar sombrero. Maldita sea, desde que eso pasó de moda no hay forma de hacer ese gesto tan de Bogart de decir un adiós durísimo, con sólo el dedo pulgar y el índice en el ala del cubrecabezas. A cambio, sólo hice un modesto cabezazo adelante, la ceja aún alzada. Contención, llaman a eso en Hollywood.

Y un instante después, los ojos entrecerrados, me dirigía a la puerta.

El hecho de que tropezara al salir y terminara mis contenidos pasos contra un coche aparcado fuera, no disminuye en nada la brillantez de mi exhibición.

Capítulo II

Maldita sea, el Abdelatif de los demonios me había citado en un sitio bastante embarazoso.

La Pointe du Vert-Galant es una especie de parquecillo en el mismo extremo de una de las islas del Sena. Ya saben, en las que está construida Notre Dame.

Parece una proa entre las aguas, tan en punta. Pero es una popa, porque el río corre en dirección contraria. El agua queda como a un metro más abajo de los pies de uno. Y cuando pasan las «*péniches*», que es como llaman a las barcazas de transporte del río, el agua se agita y bate el hormigón. Muy romántico.

Las parejas de enamorados parisinos deben de pensar algo parecido, porque se ponen románticos también. Más que románticos. Las escenas de intimidad amorosa del Rodin se quedan a la altura del betún. Qué fogosos son en París, aunque estén a la orilla del Sena.

Pero a la hora en que se pone el sol, con la luz reflejada en las aguas ondulantes, el agua batiendo suavemente allí abajo, y las ramas de los árboles bajando hasta rozar el agua, la verdad, los que están en su elemento son ellos. Los enamorados, digo. Y quien no pinta nada allí es un solitario, con las manos en los bolsillos, como yo. Vamos, que no se hace otra cosa que estorbar.

Más de un enamorado me clavó con gesto de «¿Y tú qué demonios miras, *espéce de con*?», tomándome por un «*voyeur*» o algo parecido. Pero los franceses son demasiado finos para decir nada.

Si hubieran sido más latinos…

Maldije al árabe de los demonios. El dichoso Abdelatif.

Pasó una de esas monstruosas barcas que han hecho para los turistas. Para cientos de turistas. Para miles de cabezas de ganado

turistil. Con los altavoces a todo gas, los inmensos cristales reflejando como espejos, la estúpida voz del guía diciendo estupideces a todo volumen… Y encima, el oleaje que organizan es una especie de maremoto. Los odias al momento. Y eso que a mí no me estaban interrumpiendo nada, no como a los otros…

Para no seguir estorbando amores, paseé un poco por el borde del río. Enfrente hay siempre amarrado una especie de galeón antiguo, hecho sobre una de las barcazas fluviales. Una horterada, que sin embargo resulta curiosa. Pasó otra barcaza, esta vez de bomberos. De todo hay sobre las aguas. Incluso hay «*péniches*» de transporte de arena, que resultan muy llamativas, los bordes muy bajos respecto al nivel del agua, y montones de arena dentro.

«Atardecer», decía la nota. Maldita sea, se iba a hacer de noche de un momento a otro. Cuando regresé, siempre paseando, a la punta, donde hay un letrero como los de tráfico pero para los barcos, hasta los enamorados estaban empezando a irse. Seguí paseando.

Pasó otra «*péniche*» de turistas, que esta vez empezó a descargar ganado humano allí al lado. Hay un embarcadero de ese tipo de cosas. Espié atentamente si entre los turistas se le había ocurrido a Abdelatif meterse, pero nada.

Estaba empezando a hartarme de esperar. En la nota no había fecha. ¿Y si el muy bestia me tenía esperando un par de días, siempre en el mismo sitio y al atardecer?

Luego, el lugar no era demasiado bueno para una cita de seguridad. Si el árabe venía andando, tendría que pasar muy cerca de los policías que vigilan el Quai
d'Orsay,
una de las centrales de la Süreté francesa. Polis hasta el tejado. Y, con la psicosis antiárabe que vive París, por lo de los atentados y las bombas, no creía yo que…

Bueno, ahí iba la última pareja. Dejaron de meterse mano, se levantaron y se fueron, muy dignos. No quise imaginar hacia dónde ni a hacer qué. No estaba allí de «*voyeur*», creyeran ellos lo que creyeran.

Desapareció el sol. Y ahora empezaba a hacer frío. Los «*clochards*» que duermen junto al Sena deben ser de acero templado, los tíos. Qué clima, con la humedad del agua.

Indiana, viejo, pensé, este tío te la está jugando. Cinco minutos más y…

Río abajo, o sea, desde la zona donde está Notre Dame, venía otra barcaza. La ignoré, y seguí paseándome. El ruido de los zapatos sobre el pavimento siempre acompaña.

—¡Indiana! —llamó una voz inconfundible.

Me volví, pero no había nadie. En toda la punta no quedaba un alma. ¿Quién diablos…?

—¡Eh! ¡Indiana! ¡Vamos, prepárate y salta! —gritó de nuevo la voz.

Maldita sea, venía de la barcaza. En el puente de la lancha, que venía hacia mí muy cerca de la orilla, agitaba el brazo el mismísimo Abdelatif, en persona.

—¡Vamos! ¿Estás sordo? ¡Salta, o perderás el tren! —insistió.

La proa de la barcaza estaba ya a mi altura, cerca de la orilla. Relativamente cerca, y no se detenía. Entre la borda y el cemento de bajo mis pies había su buen metro y medio, casi dos metros. Y yo no he sido nunca un atleta.

—¡Vamos, salta! Maldito infiel, ¿a qué esperas?

Yo me lo estaba pensando, pero la lancha no tenía aspecto de pararse. Tenía que decidirme.

O sea, que di dos pasos hacia atrás, tomé impulso, y salté.

Por poco.

Aterricé sobre la chapa a cuatro patas, como los gatos. Me resbalé. Ya me veía en el Sena (y las aguas de ese río hace siglos que dejaron de ser limpias), cuando logré agarrarme a una cuerda de cubierta. Los pies quedaron fuera de la borda. Me icé como pude, y…

… Y me encontré con la risa estentórea de Abdelatif, que lo llenaba todo. Una carcajada que era un trueno al viento.

—¡Indiana James en persona! ¿Todavía ruedas por el mundo, infiel de los diablos? ¿Sigue Allah perdonándote tu sucia vida? —dijo.

Venía andando por la cubierta, esa especie de doble compuerta plana que cierra la bodega de carga. Y lo hacía como si aquello fuera su oficio de toda la vida.

Su presencia me dio las fuerzas que necesitaba. Aprovechando la cuerda salvadora, me icé a bordo, poniéndome en pie de un salto.

La madre que lo parió.

—¿Así que saliste vivo del Khyber Pass? —indagó, en tono más bien de afirmación de lo que ya sabía—. ¿Te dejaron pasar los rusos, por fin? ¡Nunca lo hubiera creído![3]

Recibió mi puño en plena mandíbula. Sonó a martillazo, pero apenas dejó de sonreír un momento.

Cuando le alcancé con el segundo directo, retrocedió un paso para recuperar el equilibrio. Y aún sonrió otro poco. Y luego convirtió la sonrisa en otra carcajada.

Me desconcertó, el tío. He derribado a bastantes hombres con golpes más suaves.

—¡Ah, quieres pelea! —volvió a reír—. ¡Vale, de acuerdo!

Pude parar el primero, pero no el segundo. Me estalló la cabeza con el impacto en plena mandíbula. Sólo pude largar una defensa de izquierda, por bajo. Poco leal, pero hecho a tientas…

Debí hacer blanco, porque retrocedió.

Y allá fui yo, sobre él, en picado.

Rodamos juntos por la cubierta. Sólo faltaría caernos al Sena, por fin, pero los dos.

Desde el puente, una voz cavernosa, aguardentosa, nos interrumpió en francés barriobajero:

— *de crétins! Tas ¡Les flics, nom chien, merde*

Esp'ece

d'cons!

d'un

! —gritaba.

Cuando un francés dice lo de «wierde» (no hace falta traducir), es un espectáculo. Acentúan y alargan la primera «e» de una manera absolutamente inimitable, *Play* que ser muy francés para conseguir hacerlo.

Pero desde luego, aquel sonido de fondo era una sirena. Una sirena que se acercaba.

—¡A cubierto, rápido! ¡La policía! —apremió Abdelatif—. ¡Nos han visto!

—¡Tú y tus brillantes ideas! —contraataqué—. ¿A quién diablos se le ocurre citarme en semejante lugar?

Le seguí hasta el puente. Y luego, por una escotilla abajo.

—Tranquilo, infiel. Todo está previsto —dijo el árabe.

Entró, a la carrera, en lo que debía ser la bodega de carga. Estaba oscuro como boca de lobo. Pero él avanzó en la oscuridad. Toqué algo parecido a una montaña de tierra suelta. Y luego, una superficie como de un cajón de embalaje.

Me deslumbró una linterna de mano. Con ella, el árabe alumbraba lo que en efecto tenía todo el aspecto de un gran cajón, aplanado y horizontal.

—¡Adentro, rápido! —dijo.

Se coló dentro de un salto. Le seguí. Cuando estuvimos dentro, tiró de una cuerda colgante. La puerta se cerró de un golpe, y oí un roce como de algo que se desliza. Luego, nada. Sólo el retumbar del motor de la gabarra.

—No respires mucho —dijo, como para tranquilizarme—. No hay demasiado aire aquí dentro.

Pues qué bien. Resultaba un consuelo, desde luego.

Y entonces, el motor de la lancha se detuvo. Y arriba, en cubierta, sonaron unos pasos. Bastantes pasos.

Yo estaba seguro de lo que era: la policía francesa había subido a bordo. Y yo no tenía cuenta pendiente con ella, como no fuera desde los tiempos de Cannes y el comisario Parmentier[4]. Pero estaba más que seguro de que Abdelatif no se encontraba en la misma situación.

Y, en los tiempos de las bombas y los atentados árabes, era la compañía más sospechosa del mundo para la policía de París.

Me sentí más cogido que un miserable ratón en una miserable ratonera.

CAPÍTULO III

Hubo un silencio. Luego, la inconfundible voz aguardentosa, en su inconfundible francés, volvió a sonar, y esta vez muy cerca:

—¡*Eh, alors, nom chien*
d'un
! *Puisque je vous dis que ce que la charge! Du mineral, quoi! ¡Vous revés, les gars, merde*
n'est
!

Sonaron pisadas por toda la bodega. Por la parte que estuviera libre, claro. Pisadas inequívocas, seguras de sí mismas. Pisadas de poli. Se oyeron golpes no muy lejanos, también inequívocos: el
toc-toc
de quien comprueba si algo suena o no a hueco. Más pisadas. Todo ello como amortiguado, como en otro mundo. Y luego, una puerta que se cierra, y el silencio.

—Yo diría que ha pasado el peligro —dijo Abdelatif, en un susurro—. Así conocerás la otra cara de tu siempre acogedor Occidente.

Estaba listo si creía que le iba a dejar soltarme el sermón.

—Legítima defensa, muchacho. Si tú y tus hermanos en la fe no os hubierais dedicado a ponerles bombas a las indefensas amas de casa en los grandes almacenes, o a ametrallar pasajeros en esos aeropuertos…

No se achantaba. Y resultaba ridículo hablar así, en la absoluta oscuridad de un cajón en el que la temperatura se iba elevando poco a poco.

—Estoy aquí precisamente para lo contrario. Para hacer ver a esos hombres que la revolución verdadera se hace en otro lado.

Pero es difícil cuando tu mundo de ricos nos trata como nos trata. Ni a los gángsters marselleses los persigue la policía occidental de esta manera.

—Porque vosotros matáis a más gente —respondí—. Estáis dejando a los más peligrosos criminales a la altura de niños traviesos. Ellos trafican con lo que pueden, pero no matan a sangre fría.

Noté por su respiración que se había vuelto hacia mí. Pero no debía ver mucho. Así que sólo soltó un resoplido, como armándose de paciencia.

—Occidentales —dijo—. ¿Cuántos muertos está costando el petróleo de las naciones árabes? ¿Quién está manteniendo las guerras en nuestros países? Vuestros intereses comerciales, ni más ni menos. El petróleo para que podáis moveros en vuestros brillantes cochecitos. El petróleo para que fabriquéis plásticos. Vuestros envases de aluminio desechable. Vuestras multinacionales de armamento, que fomentan nuestras guerras para vender. Francia vende reactores Mirage, misiles Exocet, tanques AMX a medio mundo, y aún se extraña si las consecuencias de esas guerras matan a algunos de sus ciudadanos.

Nivel de vida hecho de muertos, sí, pero que la guerra venga a París, eso no, ¿verdad?

Me alegré de que afuera se oyera un ruido. Acabábamos de vernos, y el árabe de los demonios ya estaba con el mitin.

Un par de roces, algún golpe, y la trampilla se abrió. Deslumbrado por la luz de fuera, pude ver la fea cara del de la voz aguardentosa.

—*Sortez* —dijo. Estaba bastante serio.

Le soltó a Abdelatif un par de párrafos en un francés tan rápido y lleno de expresiones en argot, que no entendí nada.

O sea, que me dediqué a fijarme, a la luz de una bombilla escuálida recién encendida, en el escondite. En medio del montón de a saber qué mineral, habían enterrado un cajón con su tapa. Cuando caía la tapa, un pequeño alud de mineral de encima cubría la entrada. Y el mineral no es como la paja, que se puede registrar clavando algo en ella. Me imaginé que el cajón debía estar super-reforzado, para que no lo aplastara el peso.

Pero lo que aquello dejaba claro era una organización, una red

organizada de gente dispuesta a burlar a la policía… y me imaginé que no para hacer devotos de Allah, precisamente.

—Tenemos que irnos —me dijo Abdelatif—. Mi compañero no está muy seguro de que hayan quedado convencidos los policías. Pueden esperarnos tío abajo.

Salimos al puente. Era ya noche cerrada. Y seguíamos deslizándonos por el Sena, pero ahora por una zona industrial. Había estructuras metálicas de todo tipo en la orilla, el ambiente resultaba un decorado de ciencia-ficción. Pobre río. ¿Cómo no va a estar hecho un asco, si estos franceses me lo han hecho autopista de transporte para sus fábricas? Supongo que les sale más barato que por carretera, pero la verdad es que ya no se respeta nada.

—¿Dónde diablos estamos? —pregunté.

—Rió abajo. Un pueblo que llaman Argenteuil.

Si lo sé, me callo. Pobres impresionistas, el chiringuito de vacaciones en el que están pintados un montón de los cuadros de Monee, Degas, Renoir y todos los demás. Convertido en vertedero de fábricas. Es que no respetan nada, estos tíos, con la «*grandeur*». No dije nada. Estaba seguro de que yo iba a empezar a hablar de pintura, y Abdelatif se pasaría a la política…

A una seña del árabe, le seguí hacia la popa de la barcaza. En una especie de pequeño hangar sobre la borda, algo parecido a un «*container*», había un Renault-5, bastante decrépito. Uno de esos cochecillos de los europeos que, a pesar de su tamaño, resultan bastante peleones, aunque en mi país se rían de ellos.

—Sube —dijo.

Maldita sea, si apenas cabía entre la pared del «*container*» y la puerta del coche. Tuve que jugar a Houdini para entrar.

—Bueno, y ahora, ¿qué? ¿Qué nuevo número me tienes preparado? Porque los anteriores no es que hayan salido muy bien, ¿no te parece, discípulo del Profeta? ¿No hubiera sido más fácil una simple cita en una estación de Metro, o algo así?

—Todo está previsto —respondió, muy seguro. Yo no lo estaba tanto.

La pared del «*container*» frente a nosotros empezó a abrirse, supongo que manejada por el aguardentoso. Resaltaba una cosa no muy distinta de un puente levadizo, con sus cadenas laterales y todo.

Y enfrente discurría una orilla del río. Bastante alta. Bastante lejana. Y además, llevábamos bastante velocidad.

—Agárrate, infiel —susurró el otro.

¡No!, pensé. Pero no dije nada, para que no se me notara el acojone. He hecho muchas locuras por esos mundos, pero no me gusta que las hagan conmigo de pasajero.

Puso en marcha el coche. Pisó embrague. Mantuvo el motor bien alto de revoluciones, armando un follón de los mil diablos, con el freno de mano cogido. Y delante, al otro lado del «puente levadizo», seguía discurriendo la orilla.

De pronto, esa orilla bajó. Parecía un embarcadero, o algo así.

No tuve tiempo de pensarlo mucho.

Abdelatif soltó embrague, de golpe.

Al
R-5
pareció que le daban una patada en la trasera, y saltó. Así de fácil, saltó. Como yo había hecho para venir a bordo, pero con chapas alrededor ahora. Como una pulga que decide abandonar al perro que le ha estado llevando por el mundo.

La rampa hizo su tarea…

… Estuvimos en el aire un momento, una eternidad de momento…

… Y el cochecillo del demonio aterrizó en la orilla como si el ingeniero que lo proyectó lo hubiera preparado todo para esa tarea precisa. Creí que se le aplastarían las suspensiones, pero no. Para que Abdelatif hable de la industria europea.

Abdelatif saludó hacia la barcaza, que seguía deslizándose río abajo. Desde el puente le saludó el aguardentoso francés. Al parecer no había nadie más a bordo. Como los camiones pesados, un solo hombre parecía suficiente para hacerlo todo.

Y luego maniobró, a la luz de unas farolas bastante escasas de luz, para salir del embarcadero.

Salimos a una desierta calle entre muros, una de esas deprimentes calles medio abandonadas de zona industrial, sin una maldita puerta ni el menor signo de vida. De noche era aún más deprimente. Aparte de algún alumbrado público de tanto en tanto, nada.

—Oye, ¿no habrá tomado la matrícula de este coche la policía,

al registrar la lancha? —dije a mi acompañante.

—Se lo he preguntado a Paul. Dice que no. Es normal que este tipo de barcaza lleve algún vehículo a bordo. Ni siquiera han abierto el «*container*». Pero de todas formas, eso tiene fácil arreglo.

Detuvo el R-5 bajo una farola. Se bajó, y abrió la puerta trasera. De allí sacó un par de matrículas, con el «75» de París.

—Por si acaso —dijo—. Pon tú la de delante.

Me pasó un destornillador y unos alicates. Me agaché por donde el frontal del coche, y pronto estuvo hecho, mientras él se dedicaba a la trasera.

Me acababa de poner de pie, con la matrícula vieja en la mano, cuando sonó un motor de coche por la calle donde estábamos. Unos faros me enfocaron. Deslumbrado, no supe hacer otra cosa que taparme los ojos, usando de visera la matrícula vieja, las letras hacia el coche que llegaba.

Hacerlo, y encenderse una luz intermitente azul en el techo del coche, y empezar a sonar un BAO-BAO-BAO de sirena de policía, fue todo uno.

—¡Corre! —gritó Abdelatif.

No tuvo que repetírmelo. Me lancé al interior del R-5 en plancha.

Y aún estaba con las puertas abiertas del trasto, cuando ya arrancaba el árabe… justamente hacia el coche que llegaba.

La de su lado se cerró con estrépito… cuando pegó contra el frontal del otro coche. Un Citroen inequívocamente francés, inconfundiblemente policíaco. Yo cerré la mía como pude.

Lo que faltaba, ahora perseguidos como rateros roba-coches. Menos mal que contaríamos con alguna ventaja, mientras los polis daban la vuelta.

—¡Sigues teniendo unas ideas de lo más brillantes, mahometano del infierno! —le grité, cuando conseguí tragar el nudo que se me hizo en la garganta con la arrancada. Dioses, el cochecito parecía un Ferrari.

—Agárrate y calla, que viene baile —respondió, sin inmutarse. Y añadió—: Infiel, que Allah confunda.

Un momento espléndido para intercambiar tópicos. Allá atrás, no demasiado lejos, volvió a sonar el
B
AO-BAO-BAO.

—Vale, y ahora, ¿qué? ¿Tienes alguna idea tan brillante como las anteriores? —pregunté.

Llegamos al final de una calle, con un soberbio letrero de «*STOP*», al que Abdelatif le hizo tanto caso como si oyera llover.

—Lo de cambiar las matrículas fue idea tuya —dijo luego, acelerando de nuevo. Y lo de enseñárselas a la policía, también.

Con las costumbres tan poco noctámbulas de los franceses, no había un alma por la calle. Para colmo, aquélla era zona industrial, bastante despoblada. El Citroen policial tenía toda la ventaja de su parte, y se nos acercaba, venga hacer sonar su
BAO-BAO.
Qué pesados, los tíos.

—No va a haber más remedio que darles en qué pensar, *al jam du*
li-lah
—dijo el árabe.

—Vaya, creí que te habías dejado tu lengua por esas lejanas tierras —dije—. No eres el mismo cuando hablas en cristiano… nunca mejor dicho.

—En tierras de infieles, uno se disfraza. Pero el corazón es el mismo allá dentro —dijo—. Es lo que nuestros sabios recomendaban en tiempos de persecución.

Muy propio, lo de persecución. Porque el Citroen perseguidor se nos había pegado a los talones. Abdelatif enfiló una calle donde un par de grandes letreros avisaban «*DANGER: Chantier*», que es la manera francesa de decir «peligro, obras». Y de cabeza entre obras nos metimos.

Debía ser un nuevo nudo de comunicaciones. Pasos elevados tipo scalextric, subterráneos, cemento armado por todas partes… Pero el exótico conductor del
R-5
que transportaba mi pellejo se interesó primero por un enorme

montón de arena, una cosa gigantesca.

—A los franceses les ha dado por el desierto. Vamos a que aprendan a conducir en dunas —dijo.

Nada como un indígena para ciertas cosas. Abdelatif enfiló al montón de arena como el mejor corredor del París-Dakar. El, muy seguro. Yo, agarrándome donde podía. Y el coche policía, detrás.

Como en una enorme montaña rusa, me vi aplastado contra el asiento, mientras el parabrisas se llenaba de noche y de estrellas. Pero el conductor estaba a sus anchas.

—Sobre arena, nunca aceleres de golpe, deja el coche ir a su impulso —aleccionó, muy sereno. Yo intenté decir que sí con la cabeza, como un buen alumno, pero no creo que me saliera muy bien.

Tengo la impresión de que devoramos la pendiente en un segundo. Pero no me hagan jurarlo.

—Y nunca frenes al llegar arriba de una duna —añadió el otro, como si me estuviera dando un cursillo de pilotaje especializado. Pero era un privilegio que se podía haber ahorrado.

De pronto, mi estómago se vació por completo. Siempre como en las montañas rusas. El coche estaba, literalmente, volando.

—¡Agárrate bien! —dijo Abdelatif. Pero yo ya no podía hacerlo mejor. No tenía más dedos.

Un segundo después, el estómago había vuelto a llenarse, y se apretaba contra mis pulmones conspirando para hacerme echar hasta el último soplo de aire. El aterrizaje fue bastante brusco, la suspensión creo que tocó fondo (por lo menos, creo que el THUMP que oí fue eso), pero el coche siguió rodando. Ahora, bajando por el otro lado del montón de arena, como pelota que rueda por la playa hacia el mar.

Cuando se acabó la pendiente y Abdelatif giró, pude ocuparme de saber qué había sido de los policías.

Ellos no llevaban instructor para conducción en el desierto.

Así que debían de haberlo hecho bastante peor. A juzgar por los resultados.

Poniéndome en su lugar, pensé que debieron frenar cuando vieron que llegaban a lo alto del montón. A lo mejor fue eso. Yo hubiera hecho igual…

Todo lo que sé es que, cuando pude ver el Citroen, estaba

aterrizando después del vuelo. Pero bastante mal. De costado.

¿Saben eso que les pasa a las croquetas congeladas cuando el aceite no está a punto, al freirías? ¿Eso de que la corteza se vaya abriendo poco a poco y deje al descubierto el relleno? Pues algo así.

Una puerta salió arrancada de cuajo. Luego la aleta delantera. Luego la trasera. Enseguida, como en un bostezo hambriento, el capot se abrió. Justo después, la croqueta deshecha se fue rodando de lado. Y ahora todo, las chapas desprendidas, la mecánica al descubierto, el capot abierto y todo el interior, fue una sola masa revuelta rodando montón abajo. Una catástrofe para los contribuyentes franceses. Todo ello con efectos sonoroso, en forma de un BAO BAO moribundo viniéndose abajo, y luminoso, con el piloto intermitente salpicando luz aquí y allá. Tremendo.

Abdelatif frenó. Maniobró para ver mejor el final de la caída. Estaba muy serio, sin la menor satisfacción. Soltó entre dientes algo en árabe, *yá li-lasaf* o algo así. Casi diría que sentía haber armado semejante estropicio.

De los restos del coche policía salió una silueta oscura que, en la oscuridad, parecía una aparición. Se movía como un zombi. Luego apareció otra, muy despacio, y la primera silueta ayudó a la segunda.

—Bueno, están vivos —dijo el árabe. Y arrancó. Sacó la cabeza por la ventanilla, gritó «*Desolé, les gars*», y pisó acelerador.

El ruido del motor me impidió oír la respuesta de los policías. Una lástima, porque estoy seguro de que habría aprendido bastante francés. Y no del de los manuales.

CAPÍTULO IV

El árabe tomó todas las precauciones. Dimos vueltas por todo alrededor de París, o a mí me lo pareció. De una zona industrial a un barrio miserable, y de ahí a otra zona industrial. Cuando estuvo seguro de que nadie los seguía, se fue a casa.

Y para entrar en «casa», más precauciones. Se paró. Escuchó. Se asomó a una esquina con todo el cuidado. Sólo cuando estuvo seguro de que no había nada sospechoso, condujo el
R-5
hasta delante de un gran portón. Luego, bajándose del coche, abrió con una enorme llave. Cuando entramos, resultó que era un taller de coches, o algo parecido. Por lo menos, había «*voitures*» por todas partes. Hasta un Porsche en reparación. Y un Renault 4 – 4 de aquellos prehistóricos. Todo ello amontonado en una nave inmensa, de a saber cuántos años, con vigas de madera y todo.

—Es una antigua granja —aclaró el guía árabe—. La encontró un amigo que se dedica a la mecánica. Su pasión es reparar coches antiguos. Se gana la vida… y es una buena «tapadera». ¿Se dice así?

Nave llena de coches. Reparar coches antiguos. ¿Saben esa sensación que se siente a veces de «esto me recuerda algo», pero no se sabe qué? Un par de lucecitas hicieron
BIP-BIP
en mi cabeza, buscando… pero no.

La nave daba a un patio interior, y cerrando ese patio había una vivienda. Unos minutos más tarde, Abdelatif y yo charlábamos ante un buen fuego, teniendo en la mano un par de vasos de… ¿lo adivinan?

¡Té con menta, claro!

¿Cómo vamos a entendernos, si los musulmanes me tienen estas

costumbres? No hay manera. Luego dicen que es racismo.

—Has aparecido en el momento justo, Indiana, amigo mío —dijo el abstemio, y había dicho mucho con aquello—. Es el cielo quien te envía.

Malo, pensé.

—Tengo una tarea que realizar, y creo que tendrás razones personales para encargarte de ella, y hacerla bien —continuó.

Peor todavía. Parecía un empresario a punto de encargarte uno de esos imposibles… «absolutamente necesarios» para la empresa.

—¿Te dice algo el nombre de… un tal Coronel Leatherwood?

Me atraganté con el té. No lo escupí de puro milagro.

¡Leatherwood! ¡Maldita sea, claro que sí! ¡Portugal, Almeida Moráis da Silva, el contrabando de armas, los neofascistas y sus preparativos de golpe de Estado![5]¡Dioses, el mercenario asesino, norteamericano como yo, si es que aquel cabrón alguna vez tuvo un país de origen! ¡Leatherwood, maldita sea su estampa: «El Viejo», los neonazis instalados en la Costa del Sol española, el «agente naranja» almacenado, más contrabando de armas…![6]

—¿Qué diablos sabes tú de ese cerdo? —Casi grité a Abdelatif—. Tengo con él mucho más que una simple cuenta pendiente.

Dioses, por supuesto que sí. Y pensar que una vez lo tuve en el punto de mira de un

M-16

y no disparé… Ahora todos los (malos) recuerdos se me venían encima de golpe.

—Ya, ya veo que algo sí que te dice… —se reía Abdelatif.

La «nevera» de acero inoxidable. El sarcófago-blanco rodante. El «agente naranja» en Vietnam. Los C-123, la defoliación del Delta del río Mekong…

—Ese hijo de perra se me ha escapado de las manos dos veces. ¿Dónde puedo encontrarlo? ¿Qué sabes tú de él?

El otro se reía aún.

—Despacio, despacio… Hace poco se cruzaron nuestros caminos, por esos extraños designios de la voluntad de Allah, y pedí informes sobre él a mis hermanos de otros países… Me resultó divertido que alguien mencionara a cierto aventurero americano con nombre de personaje cinematográfico, a quien yo conocía.

Ya salió aquello. Algún día me cambiaré de nombre. Sólo que

cuando pienso algo parecido, siempre me viene a la cabeza un… ¿Por qué me lo voy a cambiar yo, y no el otro?

—En realidad, no sé casi nada de ti, compañero. De tu vida anterior. Sólo que en Pakistán funcionaste como un gran hombre… y que no eres del todo enemigo de los árabes.

El otro se lo miraba con una cara del todo inexpresiva, como almidonada.

—Salvo cuando me dais a beber estas cosas, en vez de un buen *bourbon*, o un *whisky*, algo… Pero bueno, cuéntame qué sabes de ese cabrón.

—Dime antes lo que sabes tú. Por lo visto, tienes información mucho más directa.

Le solté en pocas palabras todo lo que había sabido, y vivido, acerca de los turbios negocios de contrabando internacional de armamento de todo tipo en los que estaba mezclado mi compatriota. Un verdadero encanto de hombre. Sus relaciones con los neofascistas, neonazis, neotodo. Y sus contactos de muy alto nivel.

Mi amigo suspiró. Me pareció que no le había contado nada nuevo. Que tenía información aparentemente bastante completa.

—Bueno —dijo—. Pues parece que el hombre está bastante lejos de cambiar de modo de vida…

Se acomodó en el asiento, bebió un sorbo de té, y siguió:

—Como sabes, sigue habiendo una guerra sangrienta entre dos países árabes, Irán e Irak. Una guerra que está eternizándose porque las potencias mundiales de los dos bloques piensan que es una manera muy eficaz de neutralizar la influencia del imán Jomeini en los países musulmanes, considerada peligrosa. Y porque, además, los dos bandos consumen armas, municiones y repuestos para máquinas de guerra en grandes cantidades. Como siempre, detrás de cada guerra hay un negocio inmenso para comerciantes sin escrúpulos.

Asentí. Era su rollo de siempre, pero en esta ocasión estaba diciendo una gran verdad.

—Como también sabrás, en esa guerra se usaron no hace mucho armas químicas. Gases asfixiantes, prohibidos desde hace años por todos los países del mundo, y otros productos infernales, algunos descubiertos por científicos nazis, que aún las comisiones

encargadas no han podido identificar…

Volví a asentir. Había visto fotos espeluznantes. Y la Cruz Roja Internacional y las Naciones Unidas hablaron de eso hace tiempo. Lo calificaban de «arma contra la humanidad».

—Tú dices que en la Costa del sol española descubriste un depósito. Parece que los traficantes en ese tipo de muerte masivo tenían otros. Quizá por eso abandonaron el que tú dices con tanta facilidad, cuando se vieron amenazados.

Me revolví en el asiento. Aún me escocía recordar cómo se me había escapado de las manos. Aquel helicóptero que se elevó justo ante mis ojos, dejando atrás las mechas encendidas para destruirlo todo…[7]

—Bien, parece que el tal Leatherwood ha seguido con el negocio, y ha vendido a Irán otra partida de armas químicas. Hemos seguido su pista. Al parecer, en esa finca donde estuviste tú había una buena colección de vehículos militares de II Guerra Mundial…

Sonreí. Ahora sí recordaba. Una nave llena de coches antiguos. Ahora sí sabía dónde había visto algo parecido. Claro.

—A mi amigo le llegó la información por medio de sus contactos entre los coleccionistas de coches. A través de él pudimos seguir el rastro de los traficantes, preguntando a la policía española con el pretexto de comprar esos coches, y tratando de legalizar la compra de algunos de ellos. Por cierto, parece que algunos policías de allí tienen buenas relaciones con los neonazis y demás.

Me traía malos recuerdos. Sí, tanto en la policía española como en la portuguesa había visto simpatías, demasiadas simpatías, hacia esa gente.

—El caso es que ya está hecho. Lo tenemos localizado… más o menos. Tu compatriota está en alguna parte de la costa de Marruecos. Al norte. Dirige sus operaciones desde allí, aprovechando las *buenas relaciones* del gobierno marroquí con tu país de origen.

Me debió de ver la cara, porque añadió:

—Nunca he defendido a los gobiernos, sino a los pueblos islámicos. Los gobiernos suelen ser los primeros en venderse a Occidente, por un miserable plato de lentejas… o algunos dólares, o unos pocos rublos.

—Vale, vale. Si yo no digo nada… —respondí. Y él siguió:

—El Gobierno marroquí compra armas por miles de millones, y tu querido compatriota hace de intermediario… o más bien de «hombre de paja» de alguien que lleva la parte financiera por él. Tiene un volumen de negocio muy alto, y con eso consigue que los dos gobiernos no investiguen demasiado, o protejan de hecho, otros negocios suyos más privados… y menos legales. Como ese horror que llaman armas químicas, por ejemplo.

La verdad, estaba consiguiendo interesarme.

—Vale. Y yo, ¿qué pinto en todo eso?

El otro sonrió. Había visto esa sonrisa antes. Concretamente, cerca del Khyber Pass, cuando me preparó la encerrona… amistosamente, para hacerme un favor. Me olía a encerrona… y a pesar de todo, era un desafío que me interesaba.

—Sólo quiero darte la ocasión de saldar viejas cuentas. Así, de paso, haces un servicio a los pueblos árabes. Para ser un infiel, es una oportunidad única.

—Ya. Y tú lo haces por pura amistad hacia mí, ¿no es eso? ¿Por qué no vas tú? Al fin y al cabo, yo soy un occidental, y Marruecos es un país musulmán.

Abrió todavía más la sonrisa. Resultaba inquietante y todo. ¿Sabré algún día qué es exactamente lo que hace, a nivel internacional?

—Soy demasiado conocido. En ese país es menos llamativo un aventurero occidental como tú, que un árabe de la zona oriental como yo. Tú eres un extranjero de esos que siguen la moda de la aventura, eso no llama la atención. Pero mi acento me delata, y es mucho más insólito. No hay que subestimar a la policía de Hassan II. Una dictadura tiene sus recursos.

—No conozco el país, ni la lengua. Para viajar, me las arreglo bien. Pero hacer de agente secreto, es otra cosa —respondí. Sólo que debía de notárseme el poco convencimiento.

—Vamos, vamos, Indiana… Ya nos conocemos, y sé con quién hablo. Además, tendrás ayuda de gente del lugar. Gente que también será de tu agrado, y que conoce el terreno.

—¿Por qué no lo hacen ellos, entonces? No soy James Bond, ¿sabes? No me gusta ser insustituible, ni jugar a redentor.

—¿Qué pasa? ¿No tienes ganas de hacer justicia? —Ahora estaba sorprendido de verdad.

—No soy James Bond —repetí—. No me gusta estar al servicio secreto de ninguna Majestad que no sea yo… ni me gusta que me envíe a jugarme el pellejo ninguna Moneypenny… aunque hable árabe y adore a Allah esa «Moneypenny».

Abdelatif soltó la carcajada. Tenía una manera de reír que resultaba deportiva, desafiante, algo así como aventurera. El tipo de risa que te larga un buen amigo antes de echarte la espalda abajo de un manotazo amistoso, aunque destructivo.

—O sea, que irás, ¿no? Todas esas protestas quieren decir que sí, en lenguaje de un aventurero del mentiroso Occidente, ¿no es eso? ¿O vas a perderte una ocasión tan bonita como ésta?

Intenté mantener la dignidad, con el ceño fruncido, y muy Bogart yo. Pero no me debió de salir como el Nick de «Casablanca».

Le mantuve la mirada. Leí en ella que no iba a engañarle, por mucho que mantuviera el personaje. Que Abdelatif sabía que me estaba muriendo de ganas de aceptar…

Y solté la carcajada.

Él también la suya. Debimos despertar a todos los que durmieran en la casa, legales o ilegales, que mejor no preguntar.

Y así fue como me vi envuelto en otro follón más. Y no de los menores.

CAPÍTULO V

Otra vez en avión. Recordando lo de Pakistán, cuando empezó todo[8], no pude hacer otra cosa que fijarme atentamente primero, en la tripulación, y más tarde en los pasajeros.

Menos mal que las cosas eran distintas. Ni era un cacharro decrépito, ni volábamos en él cuatro gatos, ni había ninguna monja, como entonces. Y esta vez sí había azafata, y bastante atractiva.

La gente que viaja en avión ha cambiado bastante. Ya no son sólo ejecutivos de gran empresa, que vuelan ahora en avión propio. En estos tiempos la gente se parece más a la que se puede ver en un autobús de pueblo.

Lleno como estaba el aparato, había de todo. Y a ser Marruecos el destino, la mayoría eran morenos. Señoras occidentalizadas, llenas de joyas, maridos regordetes y encorbatados, pero también alguna oronda dama con ropas a la antigua, y un par de venerables ancianos de albornoz blanco y esa especie de maceta al revés en la cabeza, color rojo, que llaman fez.

Me llamaron la atención dos jóvenes. Eran muy musulmanes, pero occidentalizados. Podían ser estudiantes. Pero, no sabía por qué, algo no encajaba en ellos. Quizá una desconexión entre el precio de su ropa y sus caras, entre su pinta deportiva y su atuendo demasiado civilizado.

Indiana, estás imaginando cosas, me dije. Aquello era Asia y esto Europa. Por estas tierras no pasan cosas como todo lo del aterrizaje forzoso aquél. Seamos serios.

O sea, que me dediqué a concentrarme en cosas serias. Como por ejemplo, la azafata, que valía la pena. Cosa seria, de verdad.

Un par de horas después (tras pasar por la tortura habitual en las líneas aéreas, en forma de eso que llaman zumo de frutas: uno se

lo bebe pensando que ya deben de haberlo cambiado, no pueden ser tan bestias, lo de la última vez fue un error… Pero no. Ahí sigue esa cosa infecta, peor aún, con más sabor a polvos de talco, o a bicarbonato, o a permanganato potásico. Horroroso); un par de horas después, digo, aterrizábamos en Marrakech, donde debía encontrar a mi contacto, según Abdelatif.

Y estábamos bajando la escalera del avión, cuando se me encendieron las luces rojas de alerta.

Ya he hablado otras veces de mi especial sexto sentido, instinto o llámese como se quiera, ¿no? Inexplicable, pura intuición, pero que rara vez me falla.

Bien, ahora algo me advirtió del peligro.

Y los protagonistas eran los dos tipos con pinta «inconexa». Los jóvenes cuyo atuendo no coincidía con sus caras. Sería por la manera que tenían de mirarme, o de intentar ponerse cerca de mí en el autobús del aeropuerto, o vaya usted a saber. Pero algo hizo que desconfiara de ellos. Algo iba a pasar.

Y pasó.

Justo cuando llegábamos a la aduana. Los dos se saltaron el orden de la fila, para ponerse junto a mí.

—Síguenos y no hagas tonterías —dijo uno, a mi oreja.

Ya me conocen. No me gustan las órdenes. Conseguí, de un salto, ponerme primero en la fila, forzando una sonrisa hacia los demás pasajeros. Luego, me dirigí hacia los guardias de aduana.

No llevaba conmigo más que mi baqueteado macuto, sucesor de los otros semejantes que he ido destrozando por esos mundos. Lo puse sobre el mostrador, con gesto de inocencia. Y luego, susurré:

—Por favor. Me persiguen. Esos dos chicos. Droga. Han intentado que les pase un cargamento. Gran cantidad.

El guardia no se hubiera sorprendido más si se me ocurre sacar del macuto un elefante rosa. Pero reaccionó. Hizo seña de asentimiento, y luego otras señas a compañeros policías.

Cuando me escabullí por la puerta de salida, los dos jóvenes forcejeaban con los guardias de aduana que los rodeaban. No iban a librarse de ellos fácilmente. Eso me dejaba el campo libre.

O al menos eso creía yo. No había tenido casi ni el tiempo de sonreír cuando, al otro lado de la puerta ya, el duro contacto del cañón de una pistola en mis costillas frenaba mi marcha.

—Acompáñenos —dijo una voz con acento extranjero, y un tono de bajo que ya quisiera un cantante de *jazz*.

Bueno, ahora eran dos, y no eran musulmanes. Al menos por el aspecto, que el interior de las conciencias sólo pertenece a Allah, el magnánimo y misericordioso. (Indiana, compañero, te estás contagiando del ambiente…).

Sonreí con la expresión más estúpida que pude componer. No había mucho que hacer, o sea que me dejé llevar.

Me empujaron hasta un coche, creo que uno de esos omnipresentes Peugeot 505, tan africanos, que ya tenía a otro de los matones al volante. Al momento, fui una especie de bocadillo entre matones, en la trasera.

—Qué amables, ¿visita organizada? ¿Habrá danza del vientre? ¿Y *cous cous*? Lo prefiero con picante, ¿eh?

—Cállate —dijo el cantante. Un prodigio de cordialidad.

Los aeropuertos del mundo son todos iguales. Los alrededores, no, menos mal. El de Marrakech está separado de la ciudad por un palmeral, por lo visto bastante famoso. Si lo hubiera plantado la Dirección General de Turismo no les sale tan bien como decorado exótico.

Pero yo tenía más interés en mis acompañantes. ¿Estaba imaginándome cosas, o su aspecto era de rusos? Maldita sea, esas caras redondas, esas narices achatadas, esa expresión de toro de lidia en los ojos… Si por lo menos hubieran enseñado la pistola, y resultara ser una «Tokarev», como está mandado…

De cualquier forma, no me hacía muchas ilusiones respecto a sus planes. Había que salir de aquel coche. La pregunta, muy tonta, era sencillamente cómo.

La oportunidad me la dio un cigarrillo. Eso de fumar es malísimo para la salud, ya saben.

Me refiero al cigarrillo que encendió, o quiso encender, el tipo de mi derecha. No el de la voz de bajo, el otro. Un error.

No lo pensé. Le largué un codazo automático, irreflexivo, pero contundente. Debía ser zurdo, no sé, pero tenía el encendedor en la mano izquierda. Y él estaba, como digo, a mi derecha. O sea, que me fue fácil. Creo que su brazo, guiado por mi codo, llevó la llama del encendedor directamente a su ojo.

El alarido del tío fue la música de fondo de mi ataque al otro

matón. Aprovechando la sorpresa, como de costumbre en estos casos.

No había sitio para muchas florituras de estilo, así que me repetí. Codazo otra vez. Ahora, a la barriga. Al mismísimo plexo solar: a grandes males, grandes remedios.

Creí que le daría con la cabeza al conductor, de cómo se fue para adelante. Pero me ofreció la nuca al hacerlo.

Y contra la nuca se estrelló mi mano, de canto, en buen estilo karate. Efecto fulminante.

Pero no tenía tiempo para contemplar mi tarea. El otro se estaba sobreponiendo a su dolor, y sacaba una pistola. O lo intentaba, medio ciego como estaba. No completó el movimiento.

Cogí el arma por el cañón y la desvié mientras, girándome, le largaba el mejor puñetazo de que fui capaz, a la mandíbula. El tipo mostró un repentino interés por el paisaje, hacia el cual se fue su cabeza.

Lástima grande que en medio hubiera un cristal. Debía ser resistente, a juzgar por cómo sonó. Un golpe seco, de bombo. Todo muy jazzístico. Pero eficaz, porque quedó bastante quietecito.

Con lo cual, estaba libre de usar la pistola (no, no era una «Tokarev», pero sí una «Makarov»
9 mm.,
y lo mismo de rusa que su parienta. Yo no me había equivocado del todo) contra el sorprendido conductor. Pobre tío, no se esperaba el follón. Ni encontrarse de pronto con el cañón de una pistola en la nuca.

—Párate a un lado. Salte de la carretera. *STOP*, ¿entiendes?

No sé si entendía, pero lo de «*stop*» es internacional, muy recomendable en casos parecidos. Frenó, y atravesó la cuneta para detenerse entre palmeras, muy obediente.

Le hice señas de que se internara más en el palmeral. Volvió a obedecer. O en la URSS les enseñan a no pensar demasiado, o aquel tío le tenía a su pellejo un afecto más allá de cualquier consigna.

En cuanto detuvo el Peugeot, premié su colaboración con otro golpetazo en la nuca, como el que le había atizado a su compañero. Pero esta vez con el contundente cañón de la pistola. Tengo idea de karate más que suficiente, pero una buena herramienta es una buena herramienta.

El siguiente paso fue descargar el coche, a toda velocidad, y poner sobre el suelo marroquí al trío de eslavos. Registré sus bolsillos. Apenas nada. Pasaportes falsificados (en uno aparecía como profesión un «comerciante», que resultaba más falso que un billete de seis dólares y medio), y poca cosa más. Bueno, sí, una muy interesante: una buena cantidad de *dirhams* marroquíes, suficiente para permitirme ciertos gastos. No vendrían mal.

Me guardé la «Makarov», rebusqué en los bolsillos del tío al que se la quité, hasta encontrar otro cargador de repuesto, y di por terminada la escena. Para colmo, uno de los tíos, concretamente el de la voz de *jazzmen*, empezaba a moverse. Salté al coche, y salí de allí, zigzagueando entre palmeras. Luego, ya en la carretera, aceleré. Quería encontrarme en la ciudad cuanto antes.

Bueno, para entrada en un país desconocido, no estaba mal. La policía marroquí tendría muy pronto mi descripción completa, y un par de buenas razones para querer echarme el guante.

—Abdelatif, muchacho, como organizador de recepciones no vales un pimiento —dije, en voz alta, para mí mismo—. ¿«Ayuda de gente del lugar que conoce el terreno», dijiste?

Contuve la respiración al pasar delante de algunos agentes de la policía, pero aún no debían de haber dado la alarma. Ventajas de la falta de medios del enemigo: si hubieran tenido radios, lo habría pasado mal.

Entré en la ciudad, por fin, y aparqué el Peugeot. Sentía tener que abandonarlo, pero no había otro remedio. La descripción y la matrícula estarían pronto en manos de todos los policías de la ciudad, deseosos de lograr un ascenso encontrándolo.

Así que me metí las manos en los bolsillos, y caminé procurando poner cara de turista despistado.

Un turista despistado, en África, nunca está solo mucho tiempo.

En África, las moscas son bastante numerosas. Y pesadas. Pero hay otros bichos más numerosos, y casi lo mismo de pesados.

Los niños, claro, ¿ya lo sabían? ¿También han estado por allí?

Se te acercan, te asedian, te rondan, te piden *dirhams, o* cualquier otra cosa, y no te dejan en paz hasta que «adoptas» a uno. Ése se encarga de espantar a los demás.

Yo me decidí, al cabo de un rato, por un diablillo de pelo estropajoso y camiseta a rayas blancas y rojas, al que le faltaban

todos los dientes de delante en la mandíbula superior. Su manera de sonreír enseñando los colmillos tenía algo de Drácula, pero resultaba simpatiquísima. El típico mocoso mellado del que se puede esperar cualquier cosa.

—Me llamo Mumi —dijo, cuando consiguió librarse de la competencia. Quiero decir, de los demás niños—. ¿Y tú?

—Indiana —dije, no muy convencido. Temía el resto.

—¿Como el del cine? —dijo. Por lo visto, la fama de mi rival llega hasta los países más lejanos.

—El se llama como yo —respondí—. Yo no hago películas.

El crío me miró de arriba abajo con enorme atención, muy serio.

—Bueno —dijo, en un francés bastante decente—. De todas formas, tú eres distinto.

Bravo, el crío. Qué penetración psicológica.

—Tú no llevas látigo, ni sombrero —añadió.

Qué decepción.

—Y tampoco hago el imbécil por esos mundos. Soy muy serio, yo.

Puso cara de no creerme mucho, y unos ojos llenos de picardía.

—¿De verdad? —preguntó, levantando las cejas. Los colmillos le asomaban por los lados de la boca como si estuviera comiendo caramelos—. A mí me parece que eres un señor simpático. Los señores serios son aburridos.

Con semejante dictamen, nuestra inquebrantable amistad quedó sellada. Me había ligado, el tío.

—¿Te llevo a dar un paseo? —dijo enseguida—. Me sé los mejores sitios.

—Bueno, vamos. ¿Por dónde vas a empezar?

Me vendría bien meterme entre la multitud, pensé. El mejor disfraz de turista son los turistas.

—¿Te gustan los encantadores de serpientes? ¿Y las ardillas amaestradas, que hacen cosas? ¿O quieres comprar una bandeja de plata, con tu nombre puesto?

Así fue como me vi en la plaza Djemaa el Fna, que es lo más parecido a Las Mil y Una Noches que puedan encontrar. Si me permiten el consejo turístico, vale la pena.

He conocido muchos lugares parecidos, en Egipto, por ejemplo, o en medio mundo, pero esa plaza es muy suya. Te emborrachas de

sensaciones al momento. Un puesto de especies, y se te llenan los ojos de color, un montoncito de cada cosa, y de olores distintos. Pero luego pasas a un puesto de babuchas, y te aturdes de tantos colores de cuero, tan chillones. Y al lado viene un localucho de venta de cacharros de plata, y es como si se te viniera encima un huracán de reflejos. Por no hablar de las alfombras, de los colores de la lana teñida artesanalmente allí mismo, o de los bolsos de cuero, o los vestidos largos de mujer, de mil colores, o… Una borrachera.

—¿Te gusta? —dijo Mumi.

—Puedes jurarlo, compañero. Me gusta —le dije, y no mentía lo más mínimo.

—Me alegro mucho, Indiana —terció, solemnemente.

Me eché a reír. Los críos de su edad copian las frases hechas que oyen a las personas mayores, y algunas expresiones solemnes resultan muy cómicas en ellos.

Caminamos, paseando, por las callejas de alrededor de la plaza, la *medina* de Marrakech. Todas llenas de mil comercios, abarrotadas de gente, con los increíbles burritos miniatura marroquíes pasando por en medio, bien cargados de toneladas de cosas. Estaba consiguiendo olvidarme de lo que había venido a hacer allí, a base de disfrutar con la visita turística y con las descripciones de Mumi, que parecía un ejecutivo de ventas, tan en miniatura como los burros.

Pero volví a la realidad enseguida.

Justo doblar una esquina.

Precisamente cuándo me encontré, cara a cara, con los dos jóvenes musulmanes del avión. Sí, a los que yo mismo había puesto en manos de la policía de aduanas.

—¡Corre, Mumi! —grité.

No me paré a comprobar si el crío me seguía, desde luego. Nadie podía tener nada contra él.

Así que me concentré en correr. Tenía que poner tierra por medio, entre mis perseguidores y yo.

De momento, por medio puse gente. Era como nadar en un torrente de aguas revueltas. Pero no era agua, era gente.

Un providencial burro cargado de cerámica se me vino encima. Lo esquivé, pero el anciano que lo conducía se paró a insultarme. El

chorro de insultos me daba igual, lo importante era que se estuviera allí en medio, parado, mientras me cubría de malos deseos.

Empujé a dos mujeres. Ahora los insultos vinieron en tono más agudo, pero también fueron un obstáculo entre los dos perseguidores y yo. Si la cosa continuaba, mi dignidad quedaría muy maltrecha, pero mi integridad física estaría a salvo. Y la verdad, puestos a elegir…

Así hubo unos cuantos «cordiales encuentros»: un vendedor de verduras, varios ancianos, alguna mujer…

Algo más allá, topé con uno de esos puestos de venta, éste dedicado a zapatería, repleto de babuchas y similares. Por el otro lado, estaba abierto, y la gente pasaba. Pero era como la única puerta abierta en una muralla de tenderetes semejantes. No lo pensé, y me zambullí, de cabeza, entre babuchas.

Desemboqué en el otro lado rodando sobre mí mismo. El vendedor venía hacia mí, vociferando. Me puse en pie de un salto, y apreté de nuevo a correr. Estaba seguro de haberlos despistado, el vendedor no permitiría un nuevo asalto a su propiedad.

Más tranquilo, algo más allá dejé de correr. Debía estar a salvo. Nadie me seguía. Lo comprobé una vez más, y seguí a paso normal.

¿Qué habría sido de Mumi? Era una compañía muy eficaz.

«Indiana, compañero, te hace falta una cerveza», me dije. Estaba seguro de no tener demasiados problemas para obtenerla, a los extranjeros se las venden. Así que entré en una especie de café. Un local bastante fuera del paso, que me serviría para esconderme un poco.

Llegué a la barra, y ya iba a pedir mi soñada cerveza, cuando detrás de mi sonó una exclamación. La voz me resultaba conocida.

Me volví. ¡Los rusos!

¡Los tres tipos a los que les había quitado el Peugeot! ¡Con la señal de la quemadura en el ojo uno de ellos y todo! ¡Y el de la voz de bajo me señalaba, inequívocamente, con un dedo acusador!

¿Cómo, maldita sea, se las habrían arreglado para llegar hasta allí?

Miré en torno. La puerta quedaba muy lejos. Había pasado junto a los rusos, sentados en una mesa, al venir hacia la barra. ¡Ahora estaban entre la salida y yo!

A los gritos del *jazzmen* ruso, un policía uniformado apareció por

el fondo del local. Debía estar dedicado a ciertas actividades típicamente humanas, que incluso los policías de servicio se ven obligados a realizar por sí mismos, sin que nadie pueda hacerlo por ellos. Y el tío me miraba fijamente, ante la acusación a gritos del ruso.

Faltaba muy poco para completar la escena. Pero llegó. Por la puerta del local aparecieron, para colmar el número de actores en escena, los dos jóvenes musulmanes. Sudorosos, cansados, pero seguros de encontrarme allí. Alguien debía haberme señalado al entrar. Inconvenientes de ser extranjero, y visible entre la población local.

Estaba rodeado. Sin salida posible.

«Bueno, por lo menos me enteraré de qué he hecho para ser perseguido», pensé.

Pero no estaba muy seguro de que me dejaran explicarme.

Capítulo VI

Estoy hecho para las grandes ocasiones, ya saben.

En la vida diaria, soy más bien del montón. Pero en los grandes momentos, me crezco. Me sorprendo a mí mismo. «Indiana», viejo, ¿éste eres tú?

Me fui, fríamente, hacia el policía, como si fuera a saludar a un viejo conocido.

Ya he dicho que el hombre salía del fondo del local. Allí tenía que haber un «reservado», que es una manera delicada de nombrar ese lugar que todo el mundo sabe.

Llegué junto al policía, que era el primer sorprendido. Señalé hacia los otros tíos, con el pulgar sobre el hombro, y dije, muy normal yo, como si no fuera conmigo:

—Yo no los conozco de nada, oiga.

No esperé a que reaccionara. Justo allí mismo, junto a la pared, había apiladas un par de docenas de sillas de ésas con el asiento trenzado, tradicionales en esos países. Me escabullí de pronto de donde el policía, y pasé junto a las sillas, pegando un tirón de una de ellas. La montaña de asientos se vino abajo, con no demasiado ruido, pero con bastante eficacia.

Casi en el mismo instante, conseguía escabullirme hacia el rincón del fondo. En el que, en efecto, había una puerta. Y en medio, las sillas serían un buen obstáculo para mis perseguidores.

Franqueé la puerta, cerrándola desde el otro lado. No había más que un viejo bidón, lleno de quién sabe qué, y un par de sacos de patatas, para atrancar la puerta. Como no podía escoger, los usé.

Aquello era una especie de patio minúsculo, con un cuartucho al fondo, que servía de retrete. Lo examiné de un vistazo. Nada, ni la menor ventilación. Muy higiénico, oiga.

Sólo quedaba el patio. Pero las paredes eran altas. Muy altas. Demasiado. Y, en mis andanzas por esos mundos, una de las cosas que no he aprendido ha sido a volar. Es que no me sale.

Arriba, dando sombra, había una planta. No, no una parra. Más bien una enredadera de algo.

Miré alrededor. Latas, cajas vacías, botellas… Nada que me pudiera servir. Nada.

Salvo un largo palo, con un plumero en el extremo. Para limpiar telarañas del techo o algo así.

Calculé resistencia. Mi corpulenta anatomía, que pesa lo suyo. El grosor del palo. El esfuerzo. El palo era más grueso de lo normal, pero…

Alguien aporreó la puerta. Mi público se impacientaba. Y uno se debe a su público.

Medí distancias. El ancho del patio, la longitud del palo, la altura de la tapia…

«No servirá, ¡no servirá!», pensé.

«Tiene que servir, maldita sea», acallé. Eso de pensar demasiado no sirve de gran cosa. Es mejor actuar, y luego se verá.

Mi público, al otro lado de la puerta, volvió a insistir. La puerta empezó a ceder, con grandes crujidos.

No había manera de esperar. Actué.

No tengo la menor vocación de campeón olímpico de pértiga, pero dicen que «a la fuerza ahorcan».

Arranqué el plumero de la punta del palo, me fui a un extremo, tomé impulso, di un par de zancadas…

… Planté el otro extremo de mi «pértiga» en un punto del patio no muy lejos del muro…

… Tiré, tiré hacia mí, izándome con todas mis fuerzas hacia arriba, y alzando las piernas todo lo que pude…

(La puerta cedió en ese instante, y los ansiosos miembros de mi club de fans local se precipitaron hacia su ídolo: qué éxito).

Y me vi volando por encima de la tapia, hacia lo desconocido.

La «pértiga» se partió justo entonces, pero ya había cumplido su papel. La abandoné, vilmente, al otro lado. Ingrata que es la vida aventurera.

«Lo desconocido» resultó ser un tejado. Pero un tejado de tejas, como está mandado. De teja árabe, que es lo suyo.

Sólo que la teja árabe (ya saben, piezas de cerámica como de medio cilindro, un poco cómicas, dispuestas sobre una base de yeso o similares) suele estar bastante suelta. No es bueno andar sobre tejados de ese tipo, si no se quiere tener goteras en el invierno siguiente.

Es menos bueno aún «aterrizar» de golpe, con todo el lomo y toda la corpulencia de uno, sobre ellas. Y todavía peor rodar por todo el tejado, siguiendo la vertiente, hacia la calle. Pobre familia, goteras no, toda una catarata del Niágara tendrían en las lluvias siguientes, como recuerdo de mí rápido paso, si no lo arreglaban.

Pero no podía elegir tampoco. Tocaba rodar, y rodé, tejado abajo. Al final, estaba la calle. Bastante abajo.

Y en medio, un sombrajo. Quiero decir, una especie je techo saliente, de ramas entrelazadas para dar sombra.

Para dar sombra a un puesto de cerámica. Una de un estilo bastante curioso, muy propia de por allí, rojiza, con unas decoraciones de líneas sinuosas que te llaman mucho la atención, hasta que comprendes que están hechas con el borde de una caracola, clavándolo a lo largo.

Pero cerámica. Tierra cocida. Una cosa bastante frágil.

«No», pensé cuando vi lo que se me venía encima. Pero sí.

Fui yo, claro, quien se vino encima de la cerámica. Y casi encima del viejo que la vendía, blanquísimo él, limpísimo, con barbita y todo. Un viejo que debía ser buena persona y todo.

Antes de que yo le destrozara el negocio, por supuesto.

Creo que la música empezó antes incluso de que yo empezara con el destrozo. Mientras yo estaba aún en el aire, cayendo hacia la cerámica, en lo que me pareció una escena de esas del cine, a cámara lenta, tan inevitables como el mismísimo destino cruel.

CRRRAAAAASSSSHHHHH, primero.

Y luego BANG, CLAAAC, CROC, PATRRAC, CLUNC, PAF… Ahórrenme la grabación sonora del resto.

Como fondo, un IIIIIIIIIHHHHH-IIIIIIIH. ¿Han visto «La batalla de Argel», de Gillo Pontecorvo? Ahí el director le da un papel decisivo a esos gritos tan característicos de las mujeres de los países árabes. Una cosa gutural, agudísima, que parece que les sale del mismo fondo del cuerpo. Un chillido que usan para expresar entusiasmo en las fiestas, para la música, y en las grandes ocasiones.

Como aquélla. Espléndida banda sonora, la de m: película particular. Oscar a los mejores efectos de sonido.

En cuanto a los efectos especiales, los puso el viejo, con un bastón, sobre mi torturado lomo. Muy especiales, los efectos. Me animó de una manera eficacísima a no quedarme allí ni un segundo más de lo necesario.

De lo necesario para levantarme, comprobando sobre la marcha que aún estaba entero, y salir corriendo.

Aquí, véase el capítulo anterior.

Quiero decir, que otra vez a nadar entre gentes turbulentas. Otra vez a empujar, a recibir insultos, a chocar con burros cargados, a derribar humanos no menos cargados y bastante más vociferantes. Pero había que huir de allí como fuera. Aunque el «como fuera» resultara bastante difícil.

Menos mal que debía ser una calle distinta de la que había seguido para entrar en el bar. O sea, que mis perseguidores probablemente estuvieran bastante lejos.

Pasé corriendo delante de un edificio bastante bonito, que me hubiera apetecido ver. «*Médersa Ben Yussef, you like, Médersa Ben Yussef, míster*», decían los chiquillos a la puerta. Pero uno tenía otras preocupaciones que las turísticas.

«Bueno, Indiana, habrá que hacer algo. No puedes quedarte toda la vida así, corriendo delante de gente que no sabes siquiera por qué te quiere tanto», me dije a mí mismo, que soy buen público.

O sea, que decidí representar.

La solución estaba allí mismo. Paré de correr, y me acerqué con paso despreocupado a un puesto de chilabas. Unos pocos *dirhams*, y el que continuó el paseo fue una figura bastante menos occidental, y más adaptada a las costumbres locales. Con capucha y todo, mi chilaba. De lana no muy bien teñida, que probablemente unos días antes aún estaba abrigando a la oveja de turno. Por lo menos olía como si así fuera.

Protegido así de las miradas curiosas, intenté orientarme por el laberinto de callejas llenas de gente, un puesto de venta de especies tras otro de baratijas, un tenderete junto a otro parecido. Imposible. Eché de menos a Mumi, como guía. Pero el disfraz debía de funcionar, porque no se me acercaban los niños. Y no era cosa de llamarlos, y de ponerme al lado a uno de ellos, como un letrero

luminoso que dijera «atención, turista extranjero disfrazado».

Así que me dediqué a buscar por dónde salir de aquel lío de callejuelas alborotadas, cubiertas a veces con toldos de tela de saco, más anchas por unos rincones, increíblemente estrechas otras veces. Una especie de hormiguero inmenso lleno de una gente que no parecía tener demasiada prisa ni demasiados problemas, a pesar de la pobreza general y la escasa limpieza.

Y de pronto, me tiraron de la manga, y allí estaba Mumi. En persona. Pequeña, pero persona. Con su sonrisa draculina, su pelo estropajoso y su camiseta a rayas.

—Hola —dijo—. ¿Dónde has estado?

—Bueno… por ahí —respondí—. Oye, ¿cómo has dado conmigo?

Sonrió con indulgencia, encogiéndose de hombros. Parecía decir «qué pregunta más tonta».

—Te he encontrado. Estaba buscándote y te he encontrado.

O sea, que mi disfraz no era tan perfecto, después de todo, pensé. Eso significaba que, si Mumi era capaz de reconocerme, alguien más podía hacerlo. Maldita sea.

—¿No eran amigos tuyos aquellos señores? —volvió a preguntar el crío.

—Bueno… No, no se puede decir que fueran amigos míos, no. Escucha, si los ves, avísame, ¿sabes?

Mumi estuvo de acuerdo.

—Vale. ¿Te quieren pedir dinero, o algo así? —preguntó, con total inocencia, como acostumbrado a los estúpidos problemas de los mayores.

—Algo así —le respondí—. No quiero que me vean, ¿vale?

—Vale —repitió. Y abrió los ojos para mirar alrededor, como un cachorro de sabueso aprendiendo el oficio. Sólo le faltaba olfatear el suelo.

—¿Dónde quieres ir ahora, que no estén esos señores? —preguntó al cabo de un rato de caminar en silencio, juntos.

—Donde sea. Un sitio tranquilo, fuera de la gente.

—¿Quieres comprar cosas viejas bonitas? Yo sé un sitio donde hay mucha gente, y, no hay nadie nunca, y el señor que vende es amigo.

«Ya», pensé. «Amigo», y probablemente te da comisión, para que

te compres caramelos, cada vez que le llevas un cliente. Eso, si no es de tu familia. Pero «cosas viejas bonitas» parecía señalar un anticuario. Y podía ser un buen lugar donde esperar a que mis *fans* me olvidaran.

—Es aquí cerca —insistió la miniatura de comerciante. Buen porvenir tenía aquel crío.

—De acuerdo, llévame. A ver si de verdad son bonitas las cosas viejas.

Tres calles más, y estábamos. Al entrar, sonó una campanilla de esas de las puertas.

Y de pronto podíamos haber estado en la cueva de Alí Babá. No porque dentro hubiera cuarenta ladrones, sino por los tesoros. Tampoco como aparecen en las películas de Hollywood, que todo brilla como si la sirvienta hubiera estado sacando brillo justo antes de que llegue el héroe, sino por la multitud de trastos exóticos y atractivos… mezclados con verdaderas horteradas de ayer por la tarde. Los anticuarios de Marruecos, y los de Argelia, compraron todo lo de valor que había en las casas de los franceses cuando la colonización (y en el norte, de los españoles), y probablemente en el mismo lote les colocaron la batidora, y el tostador de pan, y la Moulinex de los primeros tiempos, y los sombreros de *Madame*… Todo estaba allí, junto con los bibelots años 30, «art décó» y esas cosas. Pero también hay, menos mal, cosas antiguas de verdad, del lugar.

Por ejemplo, las eternas espingardas, larguísimas y afiladísimas: esos fusiles de culata decorada con nácar y arabescos plateados. Joyas bereberes de plata maciza. Sillas de montar de cuero repujado y con incrustaciones también de plata. Tapices de oración, con una decoración riquísima, desgastados exactamente en los dos puntos donde el devoto musulmán colocaba las rodillas cada mañana y cada tarde para inclinarse hacia la Meca. Una colección increíble de cosas.

No soy partidario de acumular «*souvenirs*» comprados en esos mundos, para mostrar a los amigos luego como trofeos de guerra. No paro en casa demasiado tiempo, ni tengo amigos que se dejan impresionar por esas muestras de estupidez coleccionista. Pero la verdad, en sitios come aquél casi me entran ganas.

Estaba examinando una especie de «Winchester», seguramente

una copia local, decorado con maravilloso; arabescos y una frase en árabe, cuando apareció el anticuario. Había tardado lo suyo en responder a la campanita, así que me pregunté cómo conservaba algo en k tienda. Yo había tenido tiempo de sobra para coger lo que me apeteciera y marcharme.

—

M'sié…

—dijo, como saludo. En el norte de África todo el mundo habla francés, por norma.

—Un vistazo a sus tesoros, nada más —respondí, lo que también es una frase hecha en estos casos.

El viejo señaló el «Winchester» que yo examinaba.

—Muy muy antiguo. Pieza muy buena. No cara. Buen gusto, usted.

Hablaba con un acento horrible, y las frases parecían más bien salidas de un manual de *Assimil* o *Berlitz*. Pero eso también es normal.

Mumi apareció con una caja, una especie de cofrecillo o arqueta pequeña, incrustada de maderas preciosas y lo que parecía marfil o nácar.

—¿Te gusta esto, señor? Yo creo que es viejo y bonito —dijo.

Sonaba más verdadero el crío que el anciano. Y la verdad, la caja era una maravilla.

El viejo reaccionó de manera bastante extraña. Como si le molestara deshacerse de la arqueta. Intentó alcanzar a Mumi como para impedir que me la diera, pero no fue lo bastante rápido.

La cogí. Casi cabía en mi mano, y pesaba bastante.

Intenté abrirla, pero no pude. La cerradura era interior, y no había llave.

—No, esa pieza muy cara. Muy vieja, muy cara. Muy vieja, muy cara. No vendo yo.

Sacudí un poco la caja. No sonaba nada dentro. El peso debía ser de la misma madera, no del contenido. La verdad es que me estaba gustando cada vez más. Y tenía dimensiones suficientes como para llevármela.

—¿Cuánto vale? —pregunté, sorprendiéndome a mí mismo. No era el momento, ni es en absoluto mi estilo.

Decididamente, el viejo no quería vender.

—Muy vieja, muy cara —repitió—. No vendo yo. Muy viejo, pieza especial.

Me encantan los desafíos. Me excitan.

—¿Cuánto? —dije—. El viejo dejó aparecer un brillo de codicia en sus ojos.

—No vendo —respondió. Pero el brillo de sus ojos decía más bien lo contrario.

Conozco a los anticuarios. En general, les toman cariño a sus piezas, cifran el prestigio de su tienda en tener cosas valiosas que ofrecer, aunque no las vendan. Casi siempre ponen altos los precios para que no se lleve cada cosa más que la persona que esté verdaderamente enamorada de ella. Y cuando se separan de una pieza, casi se diría que sufren. Pero a la vez, son comerciantes, y no resisten una oferta suficiente.

Eché mano al bolsillo. Allí estaban aún los billetes que había «pedido prestados» a mis perseguidores rusos. No los había contado, ni estaba al corriente de la equivalencia del *dirham* respecto al dólar. En aquel momento tampoco quería saberlo. Saqué unos cuantos billetes, y los puse sobre la mesa.

Al viejo se le salieron los ojos de las órbitas. Mumi por poco se atraganta. Pero luego, al anticuario le pasó una sombra por los ojos. No era bastante.

—No vendo —dijo, como si hubiera aprendido sólo una frase de mi idioma.

Puse otros tres billetes con los anteriores.

El tío necesitaría un oculista si la cosa continuaba. Y Mumi podía desmayarse de un momento a otro. Creo que el mocoso calculaba *dirhams* en kilos de caramelos o algo así.

—Muy antiguo… —dijo, en tono de lamento. Más parecía que llorase ya La pérdida de su amada arqueta.

Puse otro billete sobre la mesa, e hice como que me llevaba la cajita. El viejo no protestó lo más mínimo. Avanzó muy despacio, cogió los billetes con movimientos lentos y calculados, y empezó a contarlos. Hacia un ruidito, como el ronroneo de los gatos satisfechos, que a veces se convertía en una especie de lamento de crío.

—Gracias —dije. Y luego, dirigiéndome a Mumi—: Vámonos, compañero.

El crío, con los ojazos muy abiertos y muy admirados, los colmillos asomando por los labios entreabiertos, empezó a moverse hacia la puerta.

No llegó a salir. Yo tampoco.

Un momento antes, esa puerta se abría de golpe, y la entrada quedaba oscurecida por una enorme silueta. Una especie de montaña humana, una de cuyas extremidades superiores empuñaba una pistola. No tuve tiempo de ver el modelo, pero estaba seguro de que era una «Makarov». Igual que otra conocida.

—Quieto. Estabas aquí, ¿verdad? —dijo una voz familiar.

El ruso, claro. Su compañero lo acompañaba, algo más atrás, por si quedase algún resquicio por donde escapar.

Maldita sea, no. Otra vez la misma actuación, no.

Miré a Mumi. No creí que corriera peligro. Pero el crío debía sabérselas todas, porque poco a poco y sin movimientos bruscos se quitó de en medio. Su pequeño tamaño le ayudó a desaparecer entre las mesas llenas de antigüedades, y los rusos, mientras se adentraban en la tienda, sólo tenían ojos para mí.

—*Davai* —dijo el *jazzmen*. Y el del ojo quemado, con expresión de odio, obedeció el «adelante», avanzando hacia mí, cubriendo el flanco de su compañero.

Sólo quedaba una huida. Pero los tíos se sabrían ya el truco, por muy torpes que fueran. No me darían tiempo de ganar la trasera de la tienda. Y tampoco podía intentar sacar la «Makarov» que le quité al quemado. La otra pistola parecía muy capaz de escupir plomo como una descosida.

Lo que sucedió después cerró definitivamente las posibilidades. Oí un ruido a mis espaldas, y noté algo raro en la mirada de los rusos. Me giré un poco, y pude comprobar que el anticuario había levantado la mirada de los billetes que contaba aún y miraba hacia el mismo lugar. Muy sorprendente tenía que ser para que hubiera atraído su atención por encima del dinero.

Cuando me volví a comprobarlo, no pude evitar un cosquilleo en la espalda.

Eran los que faltaban, claro. Los dos jóvenes musulmanes del avión. Ya estábamos todos. Sólo faltaba que apareciera la policía de un momento a otro.

—Ya está bien, Indiana James —dijo uno de ellos, en correcto

inglés—. Nos estás dando demasiado trabajo.

Y no ponía cara de bromear en absoluto. Ni de que le gustara trabajar.

CAPÍTULO VII

Durante los segundos que siguieron, todo el mundo pareció esperar a que fuera otro el primero en actuar.

Por mi parte, seguía sin tener la menor idea de qué era lo que estaba sucediendo, así que esperé acontecimientos. De todas formas, los tipos que habían llegado los últimos, es decir, los musulmanes, también llevaban pistola y cerraban la única salida, así que poco podía yo hacer. Sólo esperar. Cuatro armas de fuego apuntándome es un poco más de lo que puedo manejar en circunstancias normales.

Fue el anticuario el que actuó primero. Por desgracia para él. Debió estarse quieto, y quizá su vida hubiera sido larga.

Pero no. Probablemente sus amadas antigüedades fueran lo más importante de su vida, más incluso que esa misma vida. El caso es que se lanzó, irracionalmente, hacia los rusos, gritando:

—*¡Min fadlik! ¡Min fadlik!*

Aquello debía de significar algo semejante a «por favor», pero los rusos no le concedieron ese favor. Más bien lo contrario.

El de la voz de bajo le disparó a quemarropa, cuando ya el viejo casi había llegado a cogerle el arma. El delgadísimo cuerpo del anciano pareció a punto de salir volando por efecto del balazo, pero no fue así. Cayó al suelo como un trapo viejo. Como una antigüedad sin valor y sin vida, entre las valiosas antigüedades que habían llenado su vida. Y esa caída fue el comienzo de un horrible infierno.

Creo que fueron los musulmanes quienes abrieron fuego un instante después del disparo del ruso. Y el otro eslavo, el del ojo quemado, respondió al fuego.

En cuanto a mí, me dejé caer bajo otra de las mesas, mientras buscaba en mi cintura la «Makarov». Luego, repté por el suelo,

buscando una posición favorable.

En encontré en un rincón, bastante protegido por una especie de enorme ánfora que parecía resistente. Entonces, me puse en pie de un salto. Cuando terminé el movimiento, levantando el arma, tenía a uno de los jóvenes perfectamente en línea con el punto de mira.

A su vez, él me encañonaba con su pistola. Y también su compañero.

Fue uno de esos instantes que se hacen eternos. En los que ves pasar ante tus ojos una vida entera.

Al final de esa momentánea eternidad, una voz gritó:

—*¡Allah akbarr!*

Y el hielo quedó roto. Nadie disparó. El musulmanito, porque alguien había invocado a su dios. Yo, porque aquello me había sonado a Abdelatif. Los dos miramos a quien había hablado.

Y en la puerta que daba acceso al interior de la vivienda, cubierto por una cortina; en la misma puerta por la que había salido antes el viejo que ahora era cadáver, había una mujer. Una de las mujeres más hermosas que uno ha visto en su ajetreada vida. Una mujer que levantaba la mano en gesto imperioso, a pesar de que tenía la cara marcada por un dolor enorme.

El muchacho a quien yo encañonaba levantó la pistola hacia el techo, manteniéndola a la altura de los ojos, mientras quitaba el dedo del gatillo. El otro, al lado opuesto de la tienda, hizo un gesto semejante, automático, de tirador bien entrenado. Este último maldecía en árabe, con expresiones sonoras y contundentes de ira mal contenida.

A su vez, la mujer me encañonó con algo que parecía más mortal que las pistolas: una mirada cargada de un enorme odio.

—Estúpido extranjero —escupió—. Nada de esto tendría que haber sucedido.

Y volviéndose a los otros dos, les ordenó:

—Vamos ¡fuera! ¡Fuera de aquí todos, pronto! La policía del Rey estará aquí dentro de un momento.

Los dos muchachos me indicaron la puerta, con enorme frialdad sin bajar las armas, que mantenían en posición de alerta. Pero algo en ellos me hizo aceptar esa indicación, y los seguí, hacia el interior de la casa. Atrás, en la tienda, quedaba la mujer, y posiblemente Mumi, de quien nada sabía yo. Pero no había tiempo que perder.

Atravesamos un pasillo bastante oscuro, luego un patio lleno de una luz de color deslumbrante, más tarde otro pasillo. Al otro lado había corrales o algo así, y un momento después estábamos en una especie de garaje. Subimos a una camioneta bastante bien conservada, aunque muy sucia, creo que de alguna marca japonesa, y antes de darnos cuenta estábamos fuera de la ciudad.

Mis acompañantes no abrieron la boca en todo el camino. Estaba muy claro que me consideraban culpable de la muerte del viejo, aunque no fuera yo el autor material.

Por fin, entramos en una especie de casa de labranza, al fondo de un camino infernal que se alejaba de la carretera secundaria que nos había llevado allí. Por fin, cuando nos vimos sentados a una mesa, uno de ellos habló, muy serio aún.

—¿No te había prevenido Abdelatif de que alguien contactaría contigo en el aeropuerto?

Maldita sea, empecé a comprenderlo todo. ¡Pero yo contaba con alguien que me estuviera esperando, no que viniera en el mismo vuelo, desde París!

—Naturalmente —dijo el muchacho, con frialdad absoluta—. Los dos pertenecemos a la organización. La consigna era de escoltarte a distancia, sin hacerse notar. Intentamos ponernos a tu lado para los trámites de aduana, por si acaso. Pero lo echaste todo a rodar. No fue fácil deshacerse de la policía, ¿sabes? Y podía haber sido hasta peligroso para la organización.

Me miraban los dos con un enorme rencor. Me sentí bastante imbécil.

—¿Y esos tipos? —pregunté—. Los rusos, digo. ¿Cuál era su papel en este juego?

—Nos siguen los pasos —respondió el muchacho—. Probablemente KGB, o algo semejante. Están tan interesados como nosotros en cortar el tráfico de armas a Extremo Oriente, que abastece también a la guerrilla afgana. Pero ahí, justamente, nuestros intereses chocan. Nuestra organización apoya a los afganos, y procuramos que esas armas lleguen a destino. En este caso a los rusos no les gusta, por supuesto, y nos combaten tanto como la policía occidental o la de Hassan II, aquí en Marruecos, que tiene apoyo de los americanos.

Otra vez el jaleo. El laberinto de intereses internacionales. Como

me pasó en Pakistán, no entendía demasiado[9]. Pero estaba claro que seguía metido en ese juego.

—Los rusos debían estar sobre tu pista desde que saliste de París. Abdelatif pensó que así sería, y por eso estábamos en el avión. Pero no te abordaron hasta salir del aeropuerto. Y entonces no podíamos protegerte ya, extranjero…

No es sólo que me sintiera imbécil, es que me sabía culpable. Aquellos tíos habían arriesgado el pellejo por mí, y yo… Pero bueno, yo tampoco… esto…

—Le dimos unas monedas al chico para que te llevara a casa del viejo Yassin. Pero los rusos aparecieron antes de que estuviéramos seguros de que no eras un traidor. Y ahora él está muerto, ¿te das cuenta? Era un buen hombre, y un buen musulmán, extranjero, Allah lo acoja en su jardín. Está muerto, ¿sabes, extranjero?

Ya no dijeron una palabra más. Más de una hora después, cuando el sol se había ocultado ya, llegó la chica. Tan tensa como antes, considerándome culpable aún, pero me pareció más bella todavía.

Los tres hablaron entre sí en árabe, sin que yo entendiera nada, ignorándome por completo. Luego, me llamaron a su presencia, como ante un tribunal. Me senté a la mesa, no del todo tranquilo, pero intentando mantener el tipo.

—Mi padre ha muerto, extranjero —dijo la chica. Dioses, algo así me había imaginado, pero era aún peor. Ella continuó, en tono de acusación igualmente—. No ha sido fácil convencer a la policía, creo que sospechan algo, pero la historia de dos ladrones que querían atracar a mi padre para robarle era coherente. Figurará así en los informes oficiales. Eso nos deja libres… por el momento. Pero no quiero tenerte con nosotros ni un segundo más de lo necesario, ¿entendido?

Tenía que entenderlo, la verdad.

—O sea, que hay que hacer cuanto antes esa tarea que te trae aquí. Te marcharás del país en cuanto todo haya terminado.

—De acuerdo —dije—. ¿Qué sabéis de…?

—Silencio —cortó la tía—. Aún no he terminado. Tenemos algunas pistas, pero son insuficientes. Así que dependerá en buena medida de ti. Estás aquí para hacer un trabajo, y vas a hacerlo. Espero que pronto, y con eficacia. Dadas las circunstancias, es lo

menos que nos debes, en mi opinión.

Hizo una pausa, sin distender un solo músculo de la cara. Luego dijo:

—Eso es todo. ¿Tienes algo que decir?

Claro que tenía. Me estaba jugando la dignidad, y se imponía un discurso.

—Sí, tengo algo. —Hice una pausa dramática, también yo, y me lancé—: Como dices, he venido a hacer un trabajo, por un interés que coincide con el vuestro. Tenemos una tarea entre manos, y no es tarea fácil. Esto es una guerra, y una guerra justa. En toda guerra hay caídos, y lamento profundamente que haya sido tu padre. Pero no soy el culpable, sino quienes comenzaron esto. Es decir, los traficantes en muerte. En aniquilarlos coincidimos Abdelatif, vosotros y yo. Estamos del mismo lado. Así que quiero vuestra confianza, y no la hostilidad. De otra forma, no habrá resultado válido y perderemos energías en combatirnos unos a otros. El enemigo está en otro lado, no sentado a esta mesa. ¿Entendido?

Observé el efecto de mis palabras. No querían demostrarlo, pero lo apunté como positivo. Había dado en el blanco.

—Y ahora —dije—. ¿Cuándo empezamos?

—Inmediatamente —respondió la chica, levantándose de la mesa.

Estaba muy tensa aún. Pero algo había cambiado en su manera de mirarme. Ahora tenía hacia mí una pizca de respeto.

Para una vez que uno hace discursos, qué menos…

CAPÍTULO VIII

Los días siguientes fueron bastante atareados.

Yasmina, la hija del anticuario, había hablado de algunas pistas. Todas conducían a la costa norte del país, la del Mediterráneo, tal como había dicho Abdelatif. Se suponía que el cuartel general de mi querido compatriota, Leatherwood, y sus secuaces, se encontraba en alguna parte de esa costa. Y nadie sabía dónde.

En un país como Marruecos, de fuertes contrastes entre una numerosa población enormemente pobre y unos cuantos privilegiados tremendamente ricos, es difícil saltar las barreras entre las capas sociales. Los de arriba se protegen en plan fortaleza. Así que no había otro remedio que funcionar entre los ricos, usando mi condición de extranjero… y solo. Los demás de la organización tenían que quedarse con la población local.

Así que fui un aventurero americano en busca de clientes para viajes por el continente africano. Y anduve por clubs, fiestas de embajadas, centros de vacaciones del «Club Mediterranée» y lugares de reunión de la «*jet*-set». En Nador, cerca de Melilla, uno de los centros de vacaciones para europeos más frecuenta. En M'Diq, un pueblo de pescadores del antiguo Protectorado español, ahora convertido en ciudad turística. Me dejé ver también en Cabo Negro, un complejo hotelero de la playa, montado por todo lo alto. Una vida bastante agradable, un *whisky* aquí, un comienzo de ligue allá, una comida a cuerpo de rey más tarde… pero sin resultados prácticos.

Y la gente de la organización se impacientaba, claro, de estar pagándole la buena vida a un extranjero sospechoso.

Así que al final me llamaron al orden, en una reunión bastante

tempestuosa. Yasmina, y los dos muchachos, Nabil y Karim.

—Bueno, creo que tengo algo —dije, para calmar los ánimos.

No pusieron cara de creérselo demasiado.

—Espero que sea lo suficientemente sólido —dijo Yasmina. Su nombre significa «jazmín», como ya han adivinado, pero no era precisamente perfume lo que me enviaba. Seguía odiándome a muerte.

—En la costa norte, junto a las montañas del Rif, hay un depósito de armamento norteamericano, una especie de gigantesco polvorín en un lugar llamado Har El Fnaa o algo semejante.

—Eso no es una novedad —contraatacó Karim—. Todos los campesinos de la zona lo dicen, tranquilamente. Entre otras cosas, participaron todos como obreros en su construcción.

—No muy lejos hay un complejo hotelero en la costa —continué, imperturbable—. Y precisamente ahí…

—Miná Uskut, el Puerto del Silencio —informó Karim, cortándome.

—Digo que precisamente allí —continué—, hay una fiesta anual para todos los que contribuyeron a la realización del complejo. Y es dentro de unos días.

Un breve silencio, mientras procesaban la información.

—Bien, ¿y qué importa eso? —dijo Yasmina, al fin.

Y ahora sonreí, saboreando mi juego.

—Pues que entre los accionistas figura un tal Martin J. Leatherwood. Con su verdadero nombre, el tío. Debe creerse muy seguro aquí, cuando ni siquiera se molesta en ocultarse.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó Yasmina, desconfiando claramente de la información.

—Bueno —sonreí—, hay una cosa llamada Registro de la Propiedad. Y funciona hasta en Marruecos. Y llegué a ello por un folleto de propaganda para captar accionistas. Una Sociedad Anónima funciona así, ¿no lo sabíais? —terminé, muy experto financiero yo.

Seguían teniendo toda la desconfianza del mundo.

—¿Qué piensas hacer? Desde luego, nada de gastar más dinero.

—No, sólo un traje adecuado. Bueno, y… otra cosa.

Hice una pausa, antes de soltarlo, con todo el efecto.

—No puedo ir solo. Despertaría más sospechas. Iría más seguro

si me acompañara alguien. Una mujer, por supuesto.

Me quedé mirando a Yasmina. Cuando ella comprendió lo que estaba insinuando, tuvo dos reacciones. Una, enrojecer hasta la raíz del pelo. La otra, dar un indignado manotazo en la mesa.

—¡Ni hablar! ¡Una de esas indignas fiestas de occidentales corrompidos, en un miserable local de vicio y ostentación… nada de eso! ¡Jamás! ¡No me mancharé con una indignidad semejante!

No sé de dónde sacaría el vestido, pero unos días más tarde Yasmina estaba resplandeciente al entrar en Miná Uskut, bajo las luces de neón, cogida de mi brazo, tras aparcar un Mercedes prestado por la organización.

Hasta entonces yo la había visto con ropas musulmanas, de ésas especialmente estudiadas para disimular los encantos femeninos a los ojos pecadores de los hombres… que en realidad disimulan sólo lo que la interesada quiere disimular. Ahora, lanzada en estilo occidental, lo que llevaba a mi lado era una mujer impresionante, en una palabra. Con un vestido negro de fiesta bien ceñido, unos volantes por aquí y por allá, una especie de *foulard* negro también alrededor de la cabeza, y un par de joyas bereberes antiguas (que era lo único de lo que yo sí sabía la procedencia), estaba como para quitar el hipo al más experto ligón de balneario.

Y bueno, yo… pues intentaba mantener el tipo. No me va demasiado este tipo de cosas, pero me había buscado una chaqueta blanca, y no creo que desmereciera. Pero uno es muy modesto.

—Maldita sea, sonríe un poco, que no te van a morder —le dije a la diosa de negro, según entrábamos.

—Odiosos occidentales explotadores —soltó. Pero un momento después desplegaba una espléndida sonrisa, y la noche se iluminaba. Qué tía.

¿Saben eso de «una entrada deslumbrante», que para algunas mujeres resulta ser el desiderátum mismo? Pues eso hicimos. ¿Saben eso de «todas las miradas se dirigieron hacia nosotros»? Pues exactamente así. Como para pasar desapercibidos. Pensé por un momento si habría sido en realidad una buena idea, pero lo dejé de pensar enseguida. Para dos días que uno va a vivir, de todas formas aquella especie de ortodoxa musulmana no iba a ponerse a tiro de otra forma…

No, decididamente no es mi estilo. Y, si no tanto como a

Yasmina, la verdad, toda la fauna de los ligones de playa, los *playboys* de vía estrecha (y los de ancha), las repintadísimas viejas glorias entrando en la decadencia, y los cretinos de la «*jet*-set» en general, me repatean. Pero como juego, no está mal. Le das al *whisky* de marca, te cuelgas la sonrisa modelo anuncio de dentífrico, y a vivir. Tampoco es tan difícil.

Entre dos «encantada» y un «mucho gusto», Yasmina se apartó de la gente.

—¿Crees de verdad que vamos a conseguir algo aquí? —sonrió, aunque claramente para la galería.

No, no estaba muy seguro yo.

—Por el momento, no veo a nadie que se parezca a ese hijo de perra —respondí, sonriente yo también—. Pero puede que venga más tarde, es pronto aún.

Un camarero se aproximó con una bandeja. Cogí un vaso de *whisky* para mí, y otro para Yasmina. Se lo puso elegantemente entre la mano, e hice
«chin-chin»
con mi vaso en el suyo.

—Pruébalo —le dije—. Occidente no es tan infernal, después de todo. Estamos locos, pero hay cosas que valen la pena.

Sin la menor vacilación, echó un trago.

—No está mal —dijo. Y le atizó otra vez—. No es de lo mejor que he probado, pero…

Y viendo los ojos que yo abría, añadió:

—Pero ¿qué te creías?

Nos interrumpieron en ese mismo instante. Un despliegue tipo gran *show*. Y esta vez, la entrada a toda orquesta tuvo otros protagonistas. Desgraciadamente, conocidos míos.

Uno de los sonrientes cretinos de chaqué y pajarita anunció a «el verdadero creador del paraíso que disfrutamos», «el hombre que hizo posible que este sueño fuera realidad» y no sé qué más estupideces, y unos cuantos paniaguados aplaudieron, para conducir el aplauso general. Entre la expectación general, apareció…

… ¡«El Viejo», maldita sea! El nazi decrépito al que Leatherwood nunca llamó por su verdadero nombre, cuando lo del «agente naranja»[10]. Rodeado de cuatro o cinco escoltas, como una ruina

humana pero que aún se tiene de pie y muestra incluso una cierta elegancia al andar. Enfundado en un chaqué impecable, milagro de un buen sastre que conseguía disimular las irregularidades de un cuerpo demasiado castigado por los años. En pleno acto de poder, como si se dejara agradecer por todo el mundo el gesto magnánimo de haberles regalado aquel rincón del mundo. Seguro de sí mismo, sonriendo con una mueca repugnante que él debía considerar suficiente… El mismísimo «Viejo» creador de imperios clandestinos, comerciante en muerte química.

Y un momento después, anunciado como «el hombre de confianza de nuestro Mecenas protector»… Leatherwood, por supuesto.

Apreté el brazo de Yasmina, y no tuve que decirle más. Ella comprendió.

Cuando la recepción, fiesta o lo que fuera, volvió a quedar en normalidad, busqué a uno de los sonrientes cretinos.

—Escuche, ahora no es el momento, pero… ¿Dónde podré encontrar a este señor? ¿Tiene una oficina donde podamos hablar de negocios con seriedad?

El tipo ni siquiera me estudió. Estaba allí para eso, de «azafato», más bien.

—Cómo no, por supuesto… Pero mire, precisamente aquí viene uno de sus hombres de confianza, él podrá mejor que yo…

Me indicó a alguien detrás de mí. Al volverme, me vi cara a cara enfrentado con…

… Uno de los hombres de Leatherwood y del «Viejo». Uno de los que le acompañaban cuando el nazi me visitó en la «nevera» de acero inoxidable, allá en la Costa del Sol española.[11] Alguien que me conocía bien, y que me reconoció enseguida.

El cretino propagandista nos dejó solos, y fue realidad aquello de que el aire entre nosotros se podía cortar con un cuchillo. Quizá hubiera sido precisa una cuchilla de afeitar.

—Así que es usted. Supongo que no habrá venido a saludar a alguien —dijo el tío, con lo que quería ser una sarcástica sonrisa.

—No precisamente, desde luego. No tengo buenos recuerdos de encuentros anteriores. Aunque quedaron cuestiones pendientes, entonces —respondí, con un buen tono de amenaza… demostrando más seguridad de la que sentía en ese momento.

—Creo que al jefe le gustará saludar de nuevo a un antiguo conocido. No le gustó tener que abandonar todo aquello por un simple intruso —siguió el tío, que debía creerse seguro en su terreno.

—Éste no es el momento. Cuando lo sea, tendré un arma en la mano. Y el encuentro será corto, muy corto, puedes estar seguro, esbirro —amenacé.

Me volví para buscar a Yasmina. No estaba a mi lado. Tardé un momento en divisarla, al otro lado del salón, hablando con alguien. Cuando llegué a donde estaba, busqué con la mirada al grupo que formaban Leatherwood, el «Viejo» y sus gorilas. El tío con quien yo había hablado se había dirigido directamente a ellos, y ahora me estaba señalando directamente.

No había tiempo que perder. Aquello podía ponerse peligroso para la salud. O sea, que hice de acompañante celoso, y cogiendo a Yasmina por un brazo, la empujé hacia la puerta al tiempo que sonreía forzadamente al tipo con el que ella hablaba.

—Vámonos de aquí. Esto puede ser un volcán elegante dentro de un segundo.

Ella no se resistió. Debía haber intuido algo parecido.

Eso de «guardar las apariencias» da lugar a situaciones muy curiosas. Todo el mundo seguía sonriendo estilo anuncio de dentífrico, todo el mundo se movía con estudiada lentitud y elegancia preparada. Nadie perdía la compostura. Pero, los que estábamos en el ajo, podíamos distinguir que la sala se había llenado de alimañas en plena caza. Sólo que los cazados éramos Yasmina y yo. O lo intentaban.

Los escoltas del «Viejo» se movieron hacia la puerta principal, mientras otro de ellos custodiaba una salida al jardín. Leatherwood avanzaba por en medio de la sala, contorneando grupos de parlanchines copa en mano. El «Viejo» parecía un general que dirige la operación desde la distancia, sólo le faltaban los prismáticos y un mapa de operaciones. Y mientras tanto, nosotros intentábamos ganar la puerta con los movimientos más rápidos que podíamos… que no lo eran mucho, entre los abundantes invitados.

Estábamos junto a la salida, cuando pasaron dos cosas. Casi a la vez.

Una, vi al «Viejo» llevarse a la boca algo minúsculo. Supe que

era un transmisor. Y eso significaba que estaba dando órdenes a alguien. Alguien que no estaba presente, y que aparecería enseguida. Algún enemigo más que nos esperaba fuera.

Dos, una banda de música local empezó a darle al chinchinpún. Y también intuí qué significaba eso, que evidentemente no era una casualidad.

Venía a ser un toque de degüello. La orden de «ataque sin cuartel».

Lo supe cuando uno de los esbirros se llevó la mano al interior de la chaqueta. El «Viejo» quería encubrir con música el ruido de los disparos que se avecinaban.

Estábamos al lado ya de la puerta. Sentía la mano de Yasmina en la mía, y algo en ese contacto me data confianza.

Me llevé la mano, yo también, al interior de la chaqueta, y el otro contacto, el de la «Makarov», me dio todavía más confianza.

Dos pasos más. Un cretino de por medio, y la puerta. La música atacó un nuevo chinchinpún, más intenso, con mucho tambor. Ni Ennio Morricone hubiera puesto mejor banda sonora.

Habíamos alcanzado la salida antes que ninguno de los esbirros de Leatherwood…

… De los que estaban dentro de la sala.

Porque afuera había dos más. Y habían recibido la llamada del «Viejo».

Y la puerta, de pronto, se llenó de esbirros. Eran bastante corpulentos. Y los dos tenían la mano derecha bajo la chaqueta.

El cretino azafato que tenía junto a mí, siempre con sonrisa *Colgate-el-mal-aliento-combate*, escogió ese momento para caer con una originalidad:

—Pero cómo, ¿ya se marchan? ¡Todo está a punto de empezar!

Pobre profeta. No sabía que él iba a ser el primer acto de ése todo que, desde luego, empezaba.

Aún debe estarse preguntando qué me habría hecho él, para que yo le diera semejante empujón.

Pero logré enviarlo, como un estúpido proyectil enchaquetado, contra uno de los esbirros…

… Y me las arreglé para simultanear ese movimiento con un avance fulgurante de mi pie a la entrepierna del otro esbirro.

Blanco. Qué mal entrenados, o qué mal advertidos por el

«Viejo», estaban aquellos tipos. Suspenso al instructor de «marines», mi compatriota Leatherwood.

Más música allá atrás. A todo sonar.

Yasmina y yo saltamos, o nos deslizamos, entre los cuerpos de la puerta. Para entonces yo tenía ya la «Makarov», tan cariñosamente cedida por los rusos tiempo atrás, en la mano.

Y pude descargarla sobre la mandíbula del esbirro que aún trataba de quitarse de encima al cretino Colgate.

Blanco de nuevo.

Medí distancias, buscando un parapeto. Sabía que Leatherwood protagonizaría la segunda oleada de asalto, en cuanto llegara a la puerta de salida.

No había ninguno. Los eficaces porteros habían mantenido la puerta despejada de coches y obstáculos varios. Un pequeño paseo para coches ante la entrada, y una gran fuente. Escogí la fuente como destino del siguiente salto, sin soltar a Yasmina. Pero seguir sería más difícil. No había más parapetos.

Justo caer nosotros tras el borde de la fuente (grueso, de buen mármol antiguo, a saber de dónde la habrían trasplantado), sonó la artillería. Respondí con la «Makarov» hacia la puerta antes incluso de asegurar mi postura en el suelo.

Rápido vistazo. Leatherwood en la puerta, con dos de los suyos. Uno de ellos bajaba corriendo ya los escalones de acceso. Presión en el gatillo de mi «Makarov», a eso que llaman «tiro intuitivo». Blanco. Tío que rueda hacia la calle. Qué noche la de aquel día, para mi precisión de tiro.

Leatherwood y el otro disparan de nuevo. Me agacho. Contesto al fuego…

Y alguien hace lo mismo a mi lado. Sólo tengo tiempo de echar un vistazo. Yasmina ha sacado de su mínimo bolso de traje de noche una minúscula «Beretta», y también dispara. ¡Bravo por la discípula del Profeta!

Leatherwood y su esbirro superviviente retroceden al interior del local. Ahora estarán entre dos fuegos: de un lado los invitados a los que no se puede molestar ni dar mala impresión, so pena de perjudicar los negocios, del otro nuestro fuego graneado. Quizá se pueda aprovechar esa situación en nuestro favor, pienso.

En la puerta aparece un esbirro nuevo, sin estrenar aún.

Enchaquetado y uniformado de guaperas de acuerdo con la mejor etiqueta. Un tío que quiere ganarse la prima del día, y avanza hacia nosotros, disparando una pistola. Nos obliga a cubrirnos. Y él aprovecha ese instante para hacerse de una posición favorable tras un gran jarrón de mármol, tremendamente hortera, que hay a un lado, por fuera de la puerta. Desde allí, vuelve a hacer fuego, y las esquirlas de mármol de la fuente me salpican.

Rápido examen de la situación, mientras Yasmina, a mi lado, me mira como esperando consignas.

Casi directamente encima de la cabeza del recién llegado hay un artístico farol muy marroquí, de cristal y metales repujados. Hago fuego sobre él, sobre su parte superior. Fallo un primer disparo (único error hasta entonces, qué caramba), pero el segundo llega al instante. La sujeción del farol se desintegra. El trasto, salpicando cristales, cae detrás del esbirro.

Éste se sobresalta, se mueve. Se muestra lo suficiente. En la parte que ahora asoma al exterior lo alcanza mi disparo. Uno menos. Creo que le he dado bien. Y mientras tanto, Yasmina mantiene a raya a los de dentro, con su «Beretta», tan amada por James Bond, que sin embargo es un arma de calibre bastante escaso para combate de verdad.

Aquello tiene aspecto de eternizarse, y empiezo a preocuparme…

… Cuando en ese momento, llegan dos coches. Invitados rezagados sin duda. Y bastante ciegos, porque llegan y se colocan justo en medio. El primero de ambos coches delante de la puerta, el segundo a nuestro lado.

Veo a Leatherwood que salta hacia el primer coche. Del segundo torpemente, está bajando un gordo de rasgos indígenas, enchaquetado a la occidental. Su señora está haciendo lo propio por el otro lado, desde el asiento delantero.

No me lo pienso, por supuesto, y ayudo eficazmente al gordo a que termine de salir del coche. Un tirón de su brazo, y el tío sale lanzado, para terminar en la fuente. Pone la panza en el borde, y se precipita a beber como el ganado, igual. Y mientras, salto a instalarme tras el volante.

Un vistazo, y la eficaz Yasmina compruebo que se ha colado en el asiento trasero. La dama del coche está aún en la puerta al otro

lado, sin embargo, estupefacta. No esperaba este recibimiento. Y como me impide el movimiento con su puerta abierta, le largo una completamente descortés y nada correcta patada. Con un chillido, la señora abandona el coche, y me deja el sitio libre.

Así que, antes de cerrar la puerta de ese lado, ya estoy metiendo marcha atrás con un manotazo, y dando gases con el acelerador mientras suelto el embrague recién pisado. Todo casi de golpe. El coche, un Volvo si no me equivoco, ruge como una bestia infernal, levanta el culo, y se lanza marcha atrás en tromba. Así lo llevo hacia la entrada del complejo hotelero, desandando la avenida de acceso por la que ese mismo coche había llegado un momento antes. Voy conduciendo con la cabeza hacia atrás, o sea que no puedo preocuparme por algo tan tonto como informarme de qué hacen Leatherwood y los suyos.

Pero está claro que van a seguirnos en el otro coche, así que tomo medidas. El Mercedes que usamos Yasmina y yo para venir está aparcado algo más allá, entre palmeras, con otros coches. A una orden mía, Yasmina salta a él, mientras yo espero en el Volvo bloqueando la calzada de acceso al complejo…

… Llega al momento el otro coche, lleno de gente, lanzado a todo gas hacia mí por la avenida…

… Doy gases a mi vez, con mi Volvo enfrentado hacia ellos como está, abro la puerta…

… Suelto embrague, y ¡salto!

Es un coche convertido en fiera salvaje el que se precipita, con un rugido, hacia un choque frontal con el otro vehículo.

Pero no nos quedamos a comprobar los efectos. Unos segundos después, Yasmina y yo estamos ya fuera del complejo hotelero, bien conducido el Mercedes por la musulmana, que esta vez se ha ganado bien el pan.

CAPÍTULO IX

—Tanto follón para nada —dije a mi compañera cuando estuvimos lejos—. No sabemos todavía dónde se esconden esas hienas.

—No lo sabes tú —respondió Yasmina, con una sonrisa maliciosa.

La miré con toda la sorpresa del mundo puesta. Conducía a todo gas como si estuviera en la terraza de un café. En medio de la noche, sólo podía verla a la luz de los instrumentos del Mercedes. Pero me pareció, sobre todo después de todo lo sucedido, sencillamente maravillosa. Da gusto meterse en líos con semejante compañía. Y si además se gasta un cuerpo como el de ella, mejor.

—No me digas que… —acerté a empezar.

—Pues claro. Mientras tú descubrías tu juego ante el enemigo, yo me estaba informando más discretamente. Ahora sé el lugar. Y no hay tiempo que perder.

Tenía razón. Leatherwood ya se me había escapado dos veces. No podía haber una tercera.

—Tranquilo, Indiana. Tú ya has hecho tu parte. Ahora es cosa de la organización —soltó Yasmina, como quien no quiere la cosa.

—¡Y un cuerno! —grité—. ¡Si te crees que voy a quedarme al margen, estás lista! ¡Y por cierto, diles a tus chicos que Leatherwood es cosa mía! Es un asunto entre ese tipo y yo, que nadie venga a meterse en medio, ¿entendido?

Bueno, si no lo había entendido, al menos me lo pareció.

Nos paramos a la entrada de uno de esos pueblos marroquíes, sin apenas luz en las calles, en los que una cabina telefónica desentonaba como un fallo garrafal de la película. Pero había una. En Marruecos las hay.

Me dije a mi mismo que lo que hacía era vigilar que nadie nos

hubiera seguido, para sentirme algo menos idiota inútil mientras la muy bruja hacía llamada tras llamada. Cuatro en total. Luego, vino a sentarse a mi lado.

—Ya está —dijo.

—Ya está, ¿qué?

—Todo en marcha. Ahora depende de ellos.

—¿Qué ellos?

Me miró con infinita paciencia. Pero estaba excitada por lo que se avecinaba. Y me pareció ver que me consideraba de manera diferente.

—La organización, ¿quién quieres que sea?

—¿Qué organización? Ni siquiera sé el nombre, ni la tendencia, ni… Quisiera saber de una vez con quién me estoy metiendo en líos.

Fue ella quien buscó mi mano. Y su contacto era muy cálido.

—Sabes lo suficiente. Y hasta ahora no te ha hecho falta saber más. Hazle confianza a tu amigo Abdelatif, y a mí.

Bueno, eso sonaba bastante íntimo.

Hubo un silencio. Estábamos a oscuras, desde que los instrumentos del Mercedes habían quedado sin luz al apagar el motor. Apenas había más luz que la de las estrellas de una noche espléndida.

Había algo en el ambiente que me animaba.

Estaba claro que el pasado había quedado superado. Que ya no era el extranjero culpable de la muerte de su padre, sino un camarada de lucha… cualquiera que fuera esa lucha. Un amigo de su pueblo, y…

Supe enseguida lo muy dulces que son los labios de una musulmana. Las Mil y Una Noches y todos los versos de los poetas arábigo andaluces se quedaron cortos. Muy cortos.

Un buen rato después…

Y ya me entienden lo que quiero decir con «buen». Duración y calidad. No entraré en detalles de lo que puede dar de sí un Mercedes para según qué cosas…

Digo que un BUEN rato después, Yasmina bajó del coche de nuevo, y volvió a la cabina.

Cuando regresó (una sola llamada esta vez), tenía como un halo de energía alrededor. En medio de la noche, transmitía una especie de fuerza en calma. Sacó ropa de diario del capó trasero, y se

cambió.

—Vamos allá —dijo. Y esta vez no pregunté a dónde.

Condujo el Mercedes a través de la noche. La mayor parte del tiempo, en silencio. Pero un silencio bastante cercano esta vez.

Estaba amaneciendo cuando nos detuvimos. Estábamos en una zona montañosa, de rocas grisáceas con zonas amplias de lo que parecía ser hierba seca por el sol.

—El Rif-había dicho un momento antes Yasmina. —Estas montañas son conocidas como zonas de producción de buen haschih. Pero a los españoles ese nombre les trae aún malos recuerdos. Los rifeños les demostraron que sabían ser buenos guerrilleros.

Yo no había visto a nadie, pero de entre las rocas surgieron dos jóvenes armados. Uno de ellos era conocido: Karim. Saludó a Yasmina con gravedad.

—¿*Mata*? —dijo Yasmina.

—Báada ashára yacáiq —respondió el otro.

—*Tafad-dhal* —terminó la chica.

Entendí que el joven le había dicho que iban a hacer lo que fuera enseguida. Pero no se veía a nadie.

Aparcamos el Mercedes a un lado de la carretera. Avancé entre las rocas, siguiendo a Yasmina y Abdelatifarin. Ahora empecé a ver a otros tíos jóvenes en ropa de faena. Y distinguí también sus armas: «Kalashnikovs». No estaba mal, el ejército.

Al llegar a unas rocas más altas, me hicieron señas de ir con cuidado. Cuando me asomé al borde, lo comprendí. Allí enfrente, no muy lejos, había una enorme propiedad rodeada de un muro bastante alto. Recordé inmediatamente otro lugar: la casa-fortaleza del «Viejo» en la costa española. El tipo no parecía tener demasiada imaginación arquitectónica, repetía los modelos. O bien había considerado que aquél era el mejor diseño posible. En realidad, no estaba mal. Tenía algo de casamata, o bunker. Imposible ver algo del interior.

Era ya completamente de día. A lo lejos, brillaba el mar, aunque la fortaleza no estaba precisamente en la costa.

Busqué una altura que dominara la finca. Pero no la había, por supuesto. Habían escogido el emplazamiento con buena disposición militar.

Pedí unos prismáticos. Karim me tendió unos.

Lo que vi no me gustó nada. Centinelas sobre el muro. Armados con buenos fusiles. Y bien despiertos.

Llamé a Yasmina y se lo dije, en presencia de Karim.

—Lo sabemos —dijo—. Lo de anoche les debe haber puesto sobre aviso, saben que están descubiertos. Pero hasta ahora nadie les ha molestado, así que probablemente se creen seguros. Lo que temo es que tengan protección de la administración real —dijo Yasmina—. Eso podría ser peligroso.

—Hay que hacerlo —añadió Karim—. Pueden llevarse de aquí las armas. Trasladar los almacenes. Incluso desaparecer ellos mismos. Hay que hacerlo ahora. Es voluntad de Allah.

Lo miré con toda la precaución del mundo. No me gustan los fanáticos, y la gente que cree tener a un Dios de su parte me preocupa. Son capaces de todo, tengan las ideas que tengan.

Pero a Karim le tenía bastante sin cuidado lo que yo pensara. Preguntó algo en árabe a Yasmina, que estaba actuando como jefa.

—*Tafad-dhal* —respondió la mujer.

Karim corrió hacia atrás, no lejos de la carretera. Allí, hizo señas a alguien que debía esperar lejos, y al momento se oyó un potente motor.

—Maldita sea —pregunté—. ¿Tenéis un tanque?

Yasmina me dirigió una preocupada sonrisa. La responsabilidad parecía pesarle.

—Hemos robado uno esta noche. El blindaje ha habido que hacérselo deprisa, pero servirá.

Por la carretera, a buena velocidad, apareció una gigantesca excavadora, de las de pala horizontal por delante. Le habían añadido unas placas bastante gruesas sobre los cristales, y sacos de arena a lo largo de la trasera, protegiendo el motor.

—Dioses —dije en voz alta—. ¡Están locos!

Lo pensara también ella o no, Yasmina no contestó. Parecía un general que envía a sus tropas al matadero.

La excavadora pasó a nuestra altura, y alguien saludó desde la cabina, entre las chapas. Distinguí la voz: Nabil. Luego, siguió sin detenerse hacia la casa, a una velocidad increíble para un trasto semejante. Detrás iba un camión ligero, que me pareció todo-terreno.

No tuve tiempo de pensar mucho. La excavadora llegó ante la fortaleza en cuestión de segundos. Y no se dirigió a la puerta. Apuntó directamente hacia la parte central de uno de los muros.

En el silencio de la mañana, alguien gritó allá dentro. Luego sonaron unos golpes de silbato, histéricamente rápidos, urgentes.

Así estaban sonando cuando la excavadora alcanzó el muro.

El choque fue impresionante, pero extrañamente sordo. Como si la cuchara fuera un extraño cuchillo que empieza un pastel. Saltaron pedazos de ladrillo, yeso, escombros por todas partes.

La excavadora se detuvo. Volvió atrás, y cargó de nuevo. Esta vez la pala iba muy baja, a ras de suelo, por la misma abertura recién hecha.

Ni ruido hubo ahora. Y tampoco resistencia. Entró limpiamente por el muro. Y detrás pasó el camión. Justo entonces empezaron los disparos.

—Vamos —dijo sencillamente Yasmina. Y me tendió un «Kalashnikov».

Quiso conducir ella, pero fui yo quien cogió el volante, y no insistió. Esta vez yo me sabía el camino.

Pero no seguí a la excavadora. Busqué la entrada principal, y lancé el Mercedes contra el portón metálico. No sabía lo que iba a encontrar, pero ya puestos…

Buena construcción la del coche alemán. Muy resistente. El portón aguantó en parte, pero cedió lo suficiente. Pasamos.

Salté al suelo a la vez que la chica, cada uno por su lado. Corrí hasta buscarme un abrigo. Pero nadie disparó contra nosotros. Por una vez, yo había hecho lo correcto, todo el mundo debía de estar concentrado en el «tanque».

Yasmina volvió al coche, corriendo. Abrió el capó trasero. Me tendió una bolsa, mientras ella cogía una igual. Cuando la abrí, encontré dentro paquetes de dinamita. Varios cartuchos atados, con mechas muy cortas. Mucho. Y un encendedor.

Ni ella ni yo dijimos nada. Como dos comandos bien entrenados, nos movimos entre las construcciones de la finca.

Dioses, el nazi estaba loco. El diseño era casi igual que la otra finca que le conocí en España. Yo sabía lo que me iba a encontrar antes de volver cada esquina.

Así que imaginé dónde estaba el lugar por el que la excavadora

había roto el muro. Y pude conseguir lo que pretendía: coger por la espalda a los que disparaban sobre Karim y los demás.

Una herramienta eficaz, el «Kalashnikov». Riega de balas lo que se le ponga por delante con una precisión notable. Y ni siquiera vibra o baila demasiado.

Pensé rápidamente. Por lo que sabía de mi querido compatriota o del «Viejo», ninguno de los dos era del tipo de oficial que se hunde con su barco. En cuanto vieran perdida la situación, intentarían poner tierra por medio.

Y no se les veía pegando tiros por allí, a ninguno.

Grité a Yasmina, en medio del jaleo. Le di a entender, por señas, lo que iba a hacer. Ella gritó, a su vez, a dos de los suyos, que corrieron a protegerse junto a ella, salvando a la carrera la distancia desde el «tanque».

Uno, en el fondo, es un romántico. No me decidía a largarme, por muy protegida entre los suyos que viera a la chica. Pero en ese momento, Yasmina se decidió a utilizar los grandes medios. Unos cuantos cartuchos de dinamita, cuya mecha encendió antes de arrojarlos hacia la ventana de uno de los edificios, desde donde disparaban sobre su gente. Cuando vi los efectos de la explosión, me convencí. Era muy capaz de cuidar de sí misma.

Recordé cómo era la finca española. Y de pronto, una imagen me vino a la memoria, de golpe. La última que tuve entonces de Leatherwood: el helicóptero que se alejaba, poniéndole a salvo a él y al «Viejo». Dioses, eso era. O poco sabía yo de mi rival, o tendría un aparato semejante preparado.

Corrí por la «calle» central de la finca. Varias grandes naves, como entonces, con las puertas bien cerradas. Me estremecí de pensar lo que podía haber en ellas. Pero no era el momento.

Al doblar una esquina, alguien disparó sobre mí. Falló, pero me obligó a protegerme. Tardé unos segundos en volver a asomarme, con todas las precauciones. Nadie, ahora. Quien fuera, se había marchado. Y me había hecho perder un tiempo que podía ser precioso.

Más aún, me hizo seguir avanzando con cuidado. A pesar de que sabía que quizá no llegara a tiempo.

Atrás, de pronto, los disparos cesaron. Se hizo el silencio, y la abandonada finca era aún más impresionante silenciosa.

Y luego, se alzaron gritos. Gritos de horror, de un dolor indescriptible, gritos de tremendo sufrimiento. Se me puso la carne de gallina, ¿qué podía estar pasando?

Y temí, de pronto, por Yasmina.

Pero en ese instante, sonó un motor. El motor de una máquina que yo conocía bien, un sonido inconfundible.

Y perdí de pronto toda precaución, para echar a correr con todas mis fuerzas hacia ese ruido.

La historia se repetía. Los helicópteros son la obsesión de mi país desde hace años. Yo había acertado. Era Leatherwood, a punto de huir, solo, y a bordo de una de esas máquinas.

Me vio, y aceleró el despegue. Justo cuando los patines de apoyo empezaron a despegarse del suelo, maniobró como un experto: giró el trasto, para proteger la cabina, ofreciéndome la trasera del aparato. Mis disparos no podrían alcanzarle.

No podía hacer yo más que una cosa. Así que tragué saliva, y procuré concentrarme. Necesitaba actuar con la puntería de un campeón olímpico, con la precisión de un samurái.

Alcé el «Kalashnikov» y apunté cuidadosamente.

Es una máquina que permite el tiro con cierta eficacia casi hasta los trescientos metros. Algo menos era lo que debía separarme del helicóptero. Procuré no pensar en los gritos que se oían allá atrás, y disparé. Una ráfaga corta hacia el motor, otra al rotor principal.

El helicóptero siguió elevándose. Había fallado.

Llegó a la altura del techo de las naves. Siguió hacia un lado, y se perdió de vista tras esas naves.

Corrí hacia un lado, para buscar desde dónde disparar de nuevo. Y sólo pude ver cómo la máquina se alejaba… ¡dejando una estela de humo negro que iba haciéndose mayor! ¡Le había alcanzado, después de todo!

Tomé nota mentalmente de la dirección en la que iba, y volví sobre mis pasos. Seguían oyéndose alaridos espeluznantes, que me helaban la sangre. Al momento, otra idea se me impuso, aplastante, entre las demás: el «Viejo». No podía ser obra de otro.

Antes de llegar al lugar de la batalla, sin embargo, frené en seco. Yo conocía aquel olor. Un olor que me había llegado de pronto, y que me recordaba algo, pero ¿qué?

¡Mostaza! ¡Olía tremendamente a mostaza!

¡Dioses, aquello significaba…!

¡Gases! ¡El «Viejo» estaba empleando gases asfixiantes! ¡Por algo, desde la Primera Guerra Mundial, se le ha llamado «gas mostaza» al principal de esos inventos satánicos, «arma contra la Humanidad» según la convención de Ginebra!

En aquel momento, uno de los musulmanes llegó corriendo hasta mí. Arrastraba detrás algunos jirones de una especie de neblina amarilla. El pobre desgraciado no corrió mucho. Cayó al suelo no lejos de donde yo estaba, estremeciéndose espantosamente, en horribles convulsiones. Echaba espuma por la boca, moqueaba a chorros por la nariz y comprobé otro signo grotesco y alarmante: se había orinado en los pantalones. Saliva, mocos, orina: estaba claro. Huí de la neblina amarilla, no podía ser otra cosa que gas mostaza. Y no había manera de combatirlo.

Tenía que encontrar un refugio. Miré alrededor con desesperación. Sólo había una puerta abierta, y era una de esas entradas menores, del tamaño exacto de un hombre, que se abre en los portones gigantes de una nave o un hangar. Me lancé por esa puerta con verdadera desesperación. Pocas cosas me aterrorizan tanto como ese oculto horror llamado gases.

Cuando pude darme cuenta, en medio de la nave había una figura. Una especie de extraño extraterrestre en traje espacial. Un traje que le cubría todo el cuerpo, con una extraña máscara. Y se había detenido al verme, mientras arrastraba trabajosamente un gran contenedor cilíndrico hacia la entrada.

No podía ser más que él. El «Viejo». Y aquello, a buen seguro, era su traje protector, que llaman ABS, para guerra química.

Levanté hacia él mi «Kalashnikov». El otro no hizo un movimiento.

Dudé. El no tenía armas. No es mi estilo matar a sangre fría.

De pronto, varias sólidas razones se impusieron en mi mente:

Sí, tenía armas. Un arma mortal, asesina. El «*container*».

Era peor que un asesino. Un comerciante en muerte.

Yasmina y sus amigos. Estaban ahí fuera, muriendo horriblemente.

Sólo había una manera de hacer algo por ellos. Y para eso, yo necesitaba aquel traje.

No lo pensé más. Volví a apuntar cuidadosamente, y disparé. A

la altura del vientre, algo por debajo de la cintura.

De dentro de la máscara salió una especie de gruñido sordo. La extraña figura de extraterrestre se estremeció, y cayó hacia adelante, retorciéndose de dolor.

No había tiempo que perder. Fui hacia él, y le arranqué la máscara. La contraída cara del «Viejo» apareció debajo, mirándome con odio.

—Maldito americano. Déjame ir, te pagaré bien —dijo, entre dientes.

—Quítate el traje, «Viejo» —respondí.

Seguía en el suelo, retorciéndose, las manos en el vientre.

—Sé pagar bien los servicios. Mucho dinero —insistió.

Yo no podía perder tiempo. Disparé junto a su cabeza. Un solo tiro. La bala levantó polvo y cemento del suelo, que regó el cuerpo del herido. Eso le convenció.

Poco a poco, se despojó del traje protector.

—Mucho dinero —insistió, más débilmente.

—Los guantes también —respondí, insensible.

Cuando se los quitó, recogí todo. Me las arreglé para ponérmelo sin dejar de apuntarle con el fusil, alternativamente con una u otra mano. La máscara fue lo último. Cuando me la puse, observé que todo estaba manchado de la sangre del anciano. Casi tuve un momento de debilidad.

Me sobrepuse. Estaba caído, no lejos del «*container*» que esperaba arrojar sobre los musulmanes.

No lo pensé. Disparé una corta ráfaga sobre el «*container*». De él salió un líquido amarillo, y al momento empezó a formarse la niebla. Pero yo ya no podía olería, protegido por la máscara.

No quise oír los gritos del «Viejo». Salí del hangar, y cerré la puerta. El asesino iba a probar su propia mercancía. Era justo.

Luego corrí hacia el lugar de la batalla. Apenas se podía ver nada entre el gas amarillo. Esperé que el agujero de la bala, en la parte del traje que cubría mi vientre, no dejara pasar demasiado. Intenté orientarme.

Busqué un espacio libre, y eché mano de la bolsa con la dinamita, que aún llevaba colgada en bandolera. Encendí uno, y lo lancé en medio del patio. Luego me protegí junto a la pared.

Tal como yo pensaba, la explosión despejó algo de la niebla

mortal. Eso me permitió ver algo.

Allí estaba el camión. Nadie en su interior. Eso me permitió poner en práctica mi idea. Si la dinamita había servido para «soplar» sobre el gas, había otra cosa que podría servir también.

Retrocedí unos pasos, y disparé sobre el depósito exterior de gasolina del camión. El líquido saltó en chorros, incendiándose al momento. Pronto fue una inmensa hoguera.

… Y el aire caliente, al subir hacia el cielo, provocó una corriente ascendente, que empezó a limpiar el gas, enviándolo a las nubes. No era una solución muy ecológica, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Si aquello seguía ardiendo, crearía una «chimenea» que limpiaría los gases.

Miré en torno. Entonces percibí, a través de la máscara incluso, unos golpes. En el cristal de una ventana cercana, había un par de caras conocidas. ¡Una de ellas era Yasmina! ¡Habían conseguido protegerse del gas, probablemente en un laboratorio o algo parecido!

Les hice señas de esperar a que se despejaran los gases. No era prudente que salieran antes. Y yo mientras, tenía algo que hacer.

Así que corrí pesadamente, impedido por el traje, hacia donde estaba el Mercedes. Tenía la delantera destrozada, pero al sentarme al volante pude ponerlo en marcha. Y, marcha atrás, salí por entre los restos de la puerta, por donde habíamos entrado Yasmina y yo un interminable tiempo antes.

Cuando pude quitarme la máscara, respiré a fondo. Por fin.

El siguiente paso era buscar un rastro de humo. Frené en una altura de la carretera, y no fue difícil divisarlo. Sabía que Leatherwood no había podido ir lejos en su helicóptero tocado.

CAPÍTULO X

Detuve el coche a cierta distancia del aparato. Tenía el motor en marcha. Leatherwood debía haber intentado repararlo, sin éxito.

Él fue quien disparó primero, desde la cabina. Pero yo estaba demasiado lejos. Y disparaba con pistola.

Aún tenía el «Kalashnikov». No debían quedarle muchas balas al cargador «banana», pero aún habría algunas. Balas de fusil ametrallador, trescientos metros de alcance efectivo. Ninguna pistola puede hacer lo mismo.

—¡Estás perdido, Coronel! —grité—. ¡Tú lo sabes!

—¡No te creía tan cobarde, soldado! —dijo su voz desde la cabina—. ¡Juegas con una sucia ventaja!

—¡Déjate ver! —respondí.

La puerta de la cabina se abrió, y el mercenario saltó al suelo. Valor, desde luego, no le faltaba. Sabía que estaba a tiro. Pero ahora intentaría hacer algo.

—¡Sabes que puedo freírte desde aquí! ¡Y ahora no dudaré! —insistí—. ¡No mereces piedad!

—¡Tira el fusil si eres hombre! —gritó él, a su vez.

Bueno, bueno. Un duelo en plan western, ¿era eso? Yo tenía mi «Makarov», podía permitírmelo. Y odiaba a aquel tipo lo suficiente.

Dejé caer el fusil, y también el macuto, donde quedaba aún algún cartucho. No era cosa de que los alcanzara alguna bala.

Luego, avancé, con la pistola en la mano, el brazo a lo largo del costado.

El hizo lo mismo, lentamente, un poco agachado para evitar las aspas del helicóptero que seguían girando. Y, a falta de música de fondo, el

FL

AP-FLAP-FLAP
sonaba más bien a «Apocalipsis now».

—Eres muy tonto, soldado —dijo Leatherwood—. Yo no lo hubiera hecho.

No contesté. Intentaba ponerme nervioso. No sabía que tocaba en hueso. Seguía avanzando, seguro de mí mismo.

—Soy yo quien enseña a los soldados —continuó—. Tienes mucho que aprender.

Silencio, por mi parte. Y otro paso. Calculé. La «Makarov» era de 9 mm.
¿Qué arma sería la suya? No recordaba cuál le había visto en otra ocasión. ¡Ah, sí! Una «Colt»
Officer's
A CP del 45. En Portugal la llevaba. Nada que hacer por ahí, ambas armas eran modernas, y eficaces. Había que intentar otra cosa.

Cargador. Yo contaba con uno completo, recargado horas antes. ¿Estaría también lleno el suyo? Imposible saberlo.

Pero no pensaba acobardarme. Seguí avanzando. Mi adversario, por su parte, hacía lo mismo. Había salido del radio de las aspas del helicóptero, y ahora se había erguido ya en toda su estatura.

Una idea. Disparé. La bala se quedó corta, por supuesto. Pero eso era lo que yo había previsto.

Leatherwood *se detuvo*. Lo tomó por error mío.

—¡Te estás poniendo nervioso, soldado! ¡Sabes que estás frente a un experto! ¡Yo te hubiera enseñado balística, y alcance!

No, no estaba nervioso. Pero él sí. Di un paso más. Cuando él hizo lo mismo, disparé de nuevo. Retrocedió.

—¡Demasiado lejos! ¡Creo que yo sí te tengo a tiro, por el contrario! —gritó.

Era falso, y yo lo sabía tan bien como él. Di otro paso. El *no* hizo lo mismo. Mis disparos habían llegado cerca. *No estaba seguro* de que yo no fuera a alcanzarle.

Otro paso mío. Leatherwood aún dudaba. Avancé otro poco.

Y la siguiente vez que disparé, lo hice hacia arriba, en ángulo de 45 grados. La bala llegó 3 su altura después de hacer una parábola en el aire. Con toda la fuerza perdida. Pero llegó. Levantó una nubecilla de polvo en la tierra reseca, a los pies del mercenario, tal como yo había previsto.

Y Leatherwood, el experto, el instructor de marines, retrocedió un paso. Sólo un paso más de donde estaba.

Las aspas de un helicóptero, tan largas, son flexibles. Cuando están aceleradas, la centrífuga las mantiene paralelas al suelo. Cuando se van deteniendo, bajan un poco. A una altura muy peligrosa. A la altura de una cabeza humana. Y las aspas de aquel aparato habían ido perdiendo inercia, *y bajando.*

Una de ellas alcanzó al Coronel en la cabeza. No de lleno, en cuyo caso se la hubiera arrancado. Sólo un golpe. Pero un buen golpe.

Cayó hacia atrás, conmocionado, dolorido.

Y, si me admiten el chiste malo, con el golpe «perdió la cabeza», Empezó a disparar sobre mí, enloquecido.

Eso me dio toda la autorización moral para acribillarlo. Había avanzado mientras tanto lo suficiente. Yo sí sabía de balística. Y él había cometido el último error de su vida… frente a un simple ex-soldado.

Epílogo

Abdelatif se había movido lo suficiente para conseguir que los hombres de la organización que salieran vivos de la finca del «Viejo» fueran curados adecuadamente en el extranjero. Ahora intentaba usar el daño causado por los agentes químicos como prueba contra la red de comercio internacional de armas prohibidas. Y no le iba mal. La Onu se encargaría de destruir el arsenal del «Viejo».

Yasmina había salido ilesa, junto a algunos de los suyos. Y por fin disfrutábamos de un poco de tranquilidad en la casa de su padre, cuando sonó la campanilla de la puerta. Ella salió, y volvió acompañada de un pequeño personaje simpático. Era Mumi, el crío que me había conducido allí… por encargo de Karim.

—¿Me perdonas, Indiana, señor? —dijo, al entrar, con una expresión compungida simpatiquísima.

Claro que sí, le dije. Sobre todo por las buenas consecuencias que había tenido la cosa.

—Me tienes que perdonar más cosas, señor —dijo, compungido aún. Y puso encima de la mesa unos cuantos billetes. No imaginaba qué era, hasta que recordé. ¡Era lo que yo había pagado por la arqueta! ¡El crío lo había cogido cuando el tiroteo!

—Faltan unos pocos —dijo, mirando al suelo—. Los había gastado ya, cuando los vio mi padre. Se enfadó mucho. Dice que el Corán castiga a los ladrones a que les corten las manos. Quiere que te lo devuelva. Mi padre es un buen musulmán.

—Es tuyo, Yasmina. Fue tu padre quien me vendió la… ¡dioses!

Busque rápidamente la arqueta. Estaba allí, en mi macuto. Pero con toda aquella historia, la había olvidado por completo.

—Fue la última venta de mi padre. No quiero ni la arqueta ni el

dinero. Quédatelo.

—Yo se lo robe a los rusos —dije. Y rodos nos miramos un momento… para romper a reír después. ¿Cómo castigar a Mumi por ladrón?

—Mira, Mumi —dijo Yasmina—. Tú sabes que tu padre tiene razón, ¿verdad?

El otro estaba aún muy avergonzado… o lo fingía, el diablillo.

—Bueno, dile a tu padre que esto es para la familia. Por los servicios que le hiciste a Indiana y a mí. Pero que venga a verme para que yo sepa que se lo has dado todo, ¿eh?

Cuando el crío salió, feliz, Yasmina vino hacia mí.

—Quédate con la arqueta —dijo—. Será un recuerdo de mi padre… y mío.

—Ah, no. No quiero recordarte por una arqueta. Tengo que guardar otro recuerdo tuyo.

—¿No tienes bastante? Hemos destruido un imperio juntos, probablemente salvando vidas de soldados inocentes en países árabes, o de otro lugar. Y hemos bordeado juntos la muerte, varias veces. ¿No es bastante?

—No, desde luego. A lo largo de todo este gran *show* he aprendido algunas cosas sobre costumbres árabes. Pero me falta una parcela muy importante.

—¿Cuál? —preguntó, ingenuamente. Había caído.

—Bueno… —sugerí—. Siempre se ha hablado de la sabiduría de los pueblos árabes para las delicias del amor. Y, por el momento, sólo sé de una aventura nocturna, en un Mercedes, la víspera de la acción…

Pasé algún tiempo en Marruecos. Aprendí bastante. La verdad, en esos países musulmanes hay una vieja sabiduría.

Salvo en lo del alcohol, es una gente bastante sabía en sus costumbres.

Y… no, ya no tengo parcelas por descubrir… Mmmmmmmmm.

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del TBO, se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/

Notas

[1] Véase «En nombre de Allah, por zona caliente», en esta misma colección. < <

[2] Ver el final de «En nombre de Allah…». < <

[3] Véase de nuevo «En nombre de Allah por zona caliente». < <

[4] Véanse «El diente de perro» y «La maldición de los 1000 siglos», números 2 y 3 de esta colección. < <

[5] Véase «Lentas pasan las horas junto al río», nº 32 de esta misma colección. < <

[6] Ídem, «Esto no es el cine, chico», también en esta colección. < <

[7] Ver «Esto no es el cine, chico». < <

[8] «En nombre de Allah…». < <

[9] Ver «En nombre de Allah…». < <

[10] Véase «Esto no es el cine, chico», en esta misma colección. <<

[11] Ídem. < <